
La chica
de la
sala de
costura
Rue Royale
New Orleans
Erina Alcalá

LA CHICA DE LA SALA DE COSTURA

(Erina Alcalá)

El amor es un ardiente olvido de todo.

CAPÍTULO I

Eva Ruiz nunca había tenido demasiadas cosas, pero sí una costumbre peligrosa: resistir y sobre todo, sobrevivir.

Desde los siete años había vivido entre las paredes desgastadas del orfanato de Cádiz, un edificio antiguo donde el salitre se colaba por las ventanas y el invierno olía a humedad y lejía. Apenas recordaba a su madre. Solo fragmentos sueltos. Un mechón de pelo negro pegado al sudor. Un brazo temblando. Una voz ronca prometiendo volver.

Pero nunca volvió.

Las monjas le dijeron con el tiempo que su madre tenía problemas con las drogas y que la había dejado allí "por un tiempo". Eva tardó años en entender que aquel tiempo significaba para siempre.

En el orfanato aprendió pronto dos cosas: que los niños pequeños siempre encontraban familia adoptante antes y que las niñas mayores eran invisibles.

A los nueve años todavía esperaba adopciones.

A los doce fingía que no le importaba.

A los quince ya sabía que saldría sola al mundo de allí.

Cuando cumplió dieciocho, la directora le entregó un sobre con algo de dinero, papeles para una ayuda social y una lista de habitaciones baratas por la ciudad. Y su carnet de identidad.

—No es mucho, hija, pero podrás empezar —le dijo con tristeza sincera.

Empezar. Ya no podía quedarse allí. Había terminado el instituto y hasta esa edad le permitían.

¡Qué palabra tan enorme para alguien que no tenía a nadie!

Alquiló un cuarto pequeño cerca de la playa de La Caleta, entre bocacalles. El techo tenía manchas de humedad y el ventilador hacía un ruido infernal por las noches, pero era suyo. Por primera vez en su vida cerraba una puerta sabiendo que nadie más dormiría al otro lado.

Había terminado el instituto con notas normales, sin destacar, porque estudiar mientras trabajaba limpiando habitaciones en el orfanato, agotaba a cualquiera.

Pasó años haciendo camas, fregando baños y sonriendo y al salir, hizo lo mismo en los hoteles, limpiar, fregar, sonreír a turistas ingleses que hablaban demasiado rápido.

Pero incluso agotada, Eva siempre encontraba tiempo para lo único que de verdad le hacía olvidar quién era: dibujar vestidos.

Desde pequeña llenaba cuadernos con bocetos imposibles. Trajes de novia enormes, telas inventadas, vestidos de flamenca llenos de volantes, disfraces de carnaval inspirados en las comparsas de Cádiz.

Moda.

Era lo único que le pertenecía de verdad.

No podía permitirse una carrera universitaria, así que empezó a apuntarse a cursos baratos, talleres subvencionados y prácticas donde aceptaran gente sin experiencia. Dormía poco. Trabajaba mucho. Aprendía rápido.

Y también aprendió inglés limpiando hoteles.

—Good morNing.

—Room service.

—Thank you.

Frases simples, pero suficientes para defenderse.

La suerte, o algo parecido a ella, apareció durante unas prácticas de uno de los cursos de moda y patronaje en un pequeño taller de moda del centro histórico. El local estaba escondido en una calle estrecha llena de balcones con macetas y ropa tendida. Desde fuera parecía insignificante.

Dentro, era otro mundo.

Máquinas de coser sonando sin descanso. Telas brillantes. Encajes. Maniquíes a medio vestir. Mujeres discutiendo sobre cremalleras, mangas y bordados como si les fuera la vida en ello.

A Eva le fascinó desde el primer día.

La empresa confeccionaba trajes de novia, vestidos de fiesta, disfraces de carnaval y, sobre todo, trajes de flamenca para ferias de toda Andalucía.

Ella empezó cortando hilos y ordenando telas.

Tres meses después, ya ayudaba con patrones.

Y antes de terminar las prácticas, la dueña del taller la llamó a su despacho.

—No puedo pagarte mucho —le dijo—, pero tienes manos. Y cabeza. Eso no se enseña.

Le ofreció media jornada.

No era un sueño todavía.

Pero por primera vez en su vida, Eva sintió que quizá estaba dejando de sobrevivir para empezar a construir algo. Así que dejo los hoteles y dijo sí a su sueño.

Eva siempre había pensado que era una de esas personas que nadie mira dos veces.

Y, sin embargo, llamaba la atención sin darse cuenta.

Tal vez eran sus ojos color miel, claros y tranquilos, enmarcados por unas pestañas largas que parecían demasiado bonitas para alguien que casi nunca sonreía del todo. O sus labios carnosos, siempre apretados con timidez, como si pidiera permiso antes de hablar. Su pelo castaño claro le caía por media espalda en ondas suaves que normalmente recogía deprisa para trabajar.

Era pequeña, apenas alcanzaba el metro sesenta, y caminaba con esa costumbre de quien lleva toda la vida intentando ocupar poco espacio.

Asustadiza.

Introvertida.

Ingenua en demasiadas cosas.

El orfanato le había enseñado a obedecer, a no molestar y a esperar poco de la gente. Por eso, incluso cuando alguien era amable con ella, tardaba semanas en creer que fuera real.

El piso que alquiló estaba en un barrio humilde a las afueras de Cádiz. Un edificio antiguo de cuatro plantas sin ascensor, con paredes finas y balcones llenos de plantas. El apartamento era diminuto: un dormitorio pequeño, un baño estrecho, una cocina casi pegada al salón y una mesa redonda con dos sillas desiguales.

Los muebles eran viejos y estaban arañados por los años. El sofá tenía una funda floreada horrorosa y los armarios olían a madera húmeda.

Pero Eva lo adoraba.

Porque era suyo.

Se pasó días enteros limpiándolo cuando entró a vivir allí. Fregó ventanas, enceró muebles, cosió unas cortinas baratas y colocó todo con un orden casi obsesivo. Sobre la mesa dejó una pequeña planta que compró en un mercadillo por tres euros. En el salón puso una manta color crema doblada perfectamente sobre el sofá.

Nunca había tenido un hogar.

Y aquel piso pequeño le parecía un palacio silencioso.

Además, estaban los vecinos.

La mayoría eran personas mayores que llevaban toda la vida viviendo allí. Señoras que barrían la puerta por las mañanas, hombres jubilados que discutían de fútbol en la calle y abuelas que cocinaban tanto que el edificio entero olía a sofrito a mediodía.

A Eva le sorprendió que la acogieran tan rápido.

La señora Mercedes, la del segundo, le dejaba croquetas cuando cocinaba de más.

—Estás muy delgadita, hija —le decía siempre.

Don Emilio le arregló gratis la cisterna cuando se rompió.

Y Paquita, la vecina de enfrente, se empeñaba en regalarle geranios para el balcón.

Eva no entendía muy bien por qué eran tan buenos con ella.

Pero le gustaba escuchar voces al otro lado de las paredes.

Le gustaba que alguien preguntara si ya había cenado.

Le gustaba sentir que, si un día desaparecía, alguien lo notaría.

A veces, por las noches, se sentaba en el pequeño sofá con una taza de té barato y miraba alrededor en silencio.

El piso seguía siendo humilde.

Su vida seguía siendo difícil.

Pero por primera vez desde que tenía memoria, no sentía frío por dentro todos los días.

En la empresa, Eva aprendió más en dos años que en toda su vida anterior.

Al principio solo observaba. Callada, atenta, casi invisible entre las costureras que llevaban décadas trabajando allí. Pero tenía una facilidad extraña para entender cómo caía una tela, cómo corregir una costura torcida o cómo transformar un dibujo plano en un vestido real.

Aprendió patronaje.

Aprendió a coser recto, rápido y limpio.

Aprendió a distinguir encajes baratos de los buenos solo con tocarlos.

Y, sobre todo, aprendió a diseñar.

Las ideas le nacían solas.

A veces veía a una mujer por la calle y en su cabeza ya aparecía un vestido entero. Otras veces se inspiraba en el mar de Cádiz, en las luces del carnaval o en los volantes de las flamencas que veía cada primavera.

La dueña del taller empezó a confiar cada vez más en ella.

—Tú tienes ojo —le decía mientras revisaban bocetos—. Eso no se aprende.

Eva jamás sabía qué responder a los cumplidos, así que solo bajaba la cabeza y seguía trabajando.

Ahorraba todo lo que podía.

Vivía con muy poco. Apenas gastaba dinero en ropa, maquillaje o salir. Nunca había aprendido a darse caprichos. El miedo a quedarse sin nada seguía instalado dentro de ella como una alarma constante.

Cada mes guardaba algo en una cuenta de ahorro.

Cincuenta euros.

Ochenta.

Cien, si el mes había sido bueno.

Y cuando cumplió veinte años, hizo algo que jamás había hecho antes: comprarse algo solo porque lo deseaba.

Un ordenador.

No era el mejor del mercado, pero para ella parecía una máquina del futuro. Pasó semanas comparando precios antes de decidirse y todavía le temblaban las manos al pagar.

También tuvo que contratar internet en casa.

La primera noche que encendió el ordenador en el pequeño salón de su piso, sintió una emoción infantil que no sabía describir. El resplandor de la pantalla iluminaba la estancia oscura mientras ella abría, nerviosa, el programa de diseño que tanto había querido.

Se quedó despierta hasta las tres de la mañana aprendiendo herramientas, dibujando bocetos digitales y probando telas virtuales.

Por primera vez podía crear vestidos sin gastar papel.

Podía guardar ideas.

Podía imaginar más.

Aquella noche sonrió sola frente a la pantalla.

Una sonrisa pequeña, tímida, casi incrédula.

Seguía sin salir apenas.

No iba de fiesta.

No viajaba.

No tenía pareja, ni muchos amigos.

Su rutina era sencilla: trabajo, casa, diseños, ahorro y alguna conversación corta con los vecinos del edificio.

Pero no se sentía desgraciada.

Solo cautelosa.

Como alguien que había vivido demasiado tiempo al borde de perderlo todo y todavía no terminaba de creer que la vida pudiera mantenerse tranquila mucho tiempo.

La soledad pesa más los domingos.

Eva lo descubrió poco después de cumplir veinte años.

Entre semana estaba ocupada. El taller, los diseños, la casa, las vecinas, los encargos… siempre había algo que hacer. Pero los fines de semana, cuando Cádiz se llenaba de gente riendo en terrazas y parejas paseando junto al mar, el silencio de su pequeño piso se volvía demasiado grande.

Algunas compañeras del taller intentaban sacarla de casa.

—Eva, vente aunque sea a tomar algo.

—No puedes vivir encerrada siempre.

Ella iba a veces, más por no parecer rara que por ganas reales. Se sentaba callada mientras las demás hablaban de novios, fiestas o viajes. Sonreía cuando tocaba y volvía temprano a casa.

Fue una de ellas quien le habló de los chats internacionales.

—Pues yo practico inglés ahí —le dijo riendo—. Hay de todo, pero entretiene.

A Eva le pareció buena idea.

Así podría practicar el idioma sin pagar academias.

La primera noche entró nerviosa, escribiendo despacio para no cometer faltas. Había mucha gente hablando a la vez, mensajes rápidos y perfiles extraños. Pensó en salir enseguida.

Entonces apareció Luc.

Decía ser de Nueva Orleans, Luisiana. Estados Unidos.

Su foto mostraba a un hombre atractivo, de sonrisa elegante y ojos claros, apoyado sobre una barandilla junto al río Misisipi. Tenía unos treinta años, el pelo oscuro con algunas canas y una forma de escribir tranquila que hizo que Eva se sintiera cómoda enseguida.

Él parecía diferente.

Educado.

Paciente.

Interesado de verdad en lo que ella decía.

Le preguntaba por Cádiz, por su trabajo, por el carnaval, por los vestidos que diseñaba. Le corregía el inglés con suavidad y se reía cuando ella se disculpaba demasiado.

—You are sweet, Eva —le escribía.

-Eres dulce.

Nadie le había dicho algo así antes.

Con el tiempo empezaron a hablar cada día.

Primero por chat.

Luego por videollamadas cortas.

Después durante horas enteras.

Luc le contó que era médico traumatólogo, especializado en ortopedia. Decía trabajar mucho y viajar constantemente. Le habló de su enorme casa cerca del río, de una vida cómoda, elegante y solitaria.

También le dijo que nunca había conocido a alguien como ella.

Eva empezó a vivir pendiente del móvil.

Esperaba sus mensajes desde que se despertaba.

Sonreía sola leyendo sus palabras.

Y poco a poco, sin darse cuenta, se enamoró.

Se enamoró de las fotos que él enviaba.

De aquella villa enorme con piscina iluminada.

De los jardines perfectos.

De los atardeceres junto al Misisipi.

Pero sobre todo, se enamoró de la idea de que alguien la eligiera.

A ella.

La chica del orfanato que siempre había sentido que nadie quería quedarse.

Seis meses después, Luc tuvo un problema.

CAPÍTULO II

Le escribió desesperado desde Turquía. Según contó, había viajado por una cirugía importante y su cuenta bancaria estaba bloqueada temporalmente. Necesitaba dinero urgente para resolver unos pagos y regresar a Estados Unidos.

Eva dudó. Solo un poco.

Tres mil euros era prácticamente todo lo que había conseguido ahorrar con años de esfuerzo.

Pero él le dijo que la amaba. Que jamás olvidaría lo que hacía por él. Que cuando estuvieran juntos, todo lo suyo sería también de ella.

Y Eva quería creerlo. Necesitaba creerlo. Así que hizo la transferencia.

Después de aquello, Luc se volvió todavía más cariñoso. Hablaban del futuro constantemente. Él le decía que estaba cansado de vivir solo, que quería que ella se mudara a Nueva Orleans, que podría estudiar diseño allí y tener una vida mejor.

Le mandaba fotos de habitaciones enormes. De armarios llenos de vestidos. De terrazas junto al agua.

Y Eva, que jamás había salido de España, empezó a imaginar otra vida. Una donde no estuviera sola.

Un año después de conocerlo, tomó la decisión más grande de toda su vida.

Vendió algunas cosas. Pidió la baja en el taller. Se despidió llorando de sus vecinos. Y compró un billete de avión a Nueva Orleans.

Durante el vuelo apenas pudo respirar tranquila.

Miraba las nubes por la ventanilla con las manos heladas y el corazón acelerado.

Tenía miedo. Muchísimo.

Pero también una esperanza tan grande que casi dolía.

Porque por primera vez en su vida, alguien la esperaba al otro lado del mundo.

Despedirse fue más difícil de lo que Eva había imaginado.

Mucho más.

Hasta entonces nunca se había dado cuenta de cuánto se había aferrado a aquella vida pequeña y sencilla que había construido sola.

El último día en el taller de costura terminó llorando en el almacén entre cajas de telas y patrones. Sus compañeras la abrazaban mientras hablaban todas a la vez.

—Escríbenos cuando llegues.

—Y mándanos fotos de América.

—No te olvides de nosotras cuando seas rica.

Eva reía entre lágrimas, nerviosa, emocionada, asustada.

La dueña del taller le regaló un pequeño costurero de madera.

—Para que sigas cosiendo donde sea que vayas.

Ella lo abrazó fuerte contra el pecho como si fuera algo frágil y valioso.

Pero lo peor fue despedirse del edificio donde vivía.

La señora Mercedes lloró de verdad.

—Ay, hija… si es que parece que se me va una nieta.

Paquita le llenó una bolsa de croquetas y tortillas “para el viaje”, aunque el vuelo duraba menos de un día.

Don Emilio le ayudó a bajar la maleta por las escaleras mientras fingía no emocionarse.

Y cuando el taxi arrancó, Eva miró por la ventanilla el balcón pequeño de su piso, las macetas, la ropa tendida de los vecinos y las paredes viejas del edificio.

Su hogar.

El primero que había tenido de verdad.

Sintió un nudo terrible en el pecho.

Porque estaba dejando atrás toda su vida.

Cádiz.

El mar.

El taller.

Las calles que conocía.

Las personas que, de alguna manera, habían terminado queriéndola.

Pero entonces pensaba en Luc y volvía a sonreír.

Durante el vuelo no consiguió dormir apenas. Miraba las luces del avión, escuchaba conversaciones en inglés a su alrededor y se repetía una y otra vez que aquello era real.

Luc era guapo. Elegante. Inteligente. Y la quería, sobre todo, la quería.

Eso era lo más importante. La quería a ella.

A veces todavía le parecía imposible.

Nadie la había elegido nunca. Ni una familia. Ni unos padres. Ni siquiera una pareja.

Y ahora un hombre al otro lado del mundo le decía que la amaba y quería construir una vida con ella.

Eva apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos un momento.

Se imaginó una casa grande. Una cocina luminosa. Niños corriendo. Cenas juntos. Navidades en familia.

Algo normal.

Algo que ella jamás había tenido

Y por primera vez en muchísimo tiempo, dejó que el futuro le ilusionara más que el miedo.

Treinta y siete horas y media tardó el viaje desde Cádiz hasta Nueva Orleans: primero los autobuses desde Cádiz, luego las trece horas y media de avión desde Málaga. En cuanto despegó, cayó rendida. Durmió casi todo el trayecto, agotada y con los nervios completamente deshechos.

Cuando llegó, recogió sus dos maletas grandes y el bolso de mano. Al salir, no la esperaba nadie. Lo llamó. Le escribió por WhatsApp. Nada. El número aparecía como desconocido. Y el WhatsApp desaparecido.

Al principio pensó que debía de haber algún error, un retraso, cualquier explicación sencilla. Se sentó junto a la salida con las maletas a los pies y esperó. Pasó una hora. Luego otra. Después tres.

Y nadie apareció.

Entonces lo entendió. Había sido una estafa. Un año entero de promesas, llamadas y planes. Tres mil dólares enviados, reunidos poco a poco. Y ahora estaba sola en un lugar desconocido, al otro lado del océano.

Fue hasta el puesto de la policía del aeropuerto con las piernas temblándole. Allí le confirmaron lo que ya empezaba a sospechar: no era la única. Habían visto casos parecidos otras veces.

Preguntó, con lágrimas acumulándosele en los ojos, cómo podía coger un autobús hasta el centro de la ciudad. El policía se lo explicó despacio, señalándole incluso el camino en un plano arrugado. Al verla tan perdida, sintió compasión por ella.

Se bajó en la estación de autobuses y caminó sin rumbo hacia el centro. Supuso que debía de ser el centro, porque los edificios eran altos y elegantes, demasiado limpios, demasiado caros. La gente iba y venía por las calles, hablando, riendo, cargando bolsas, como si el mundo siguiera exactamente igual para todos menos para ella.

A cada paso, sentía el peso de las maletas y algo todavía más pesado dentro del pecho. El cansancio, la vergüenza, el miedo, la humillación, la ingenuidad, la traición y el engaño.

Entonces miró hacia la acera de enfrente. Había una cafetería iluminada, con las mesas pegadas al cristal y el olor a café escapándose cada vez que alguien abría la puerta. Se dio cuenta de que tenía hambre. Mucha hambre.

Ya pensaría después.

Ya pensaría después qué hacer con su vida. Primero necesitaba sentarse un momento.

En aquella cafetería, sentado junto a la ventana con una taza de café intacta frente a él, estaba Scott Dupont. Uno de esos hombres de los que la gente hablaba en voz baja en Nueva Orleans. Porque Scott Dupont, sí era millonario de verdad.

Dueño de cinco hoteles de cinco estrellas repartidos por el sur del país, parecía perseguido por el número cinco desde siempre. Cinco hoteles. Cinco coches. Cinco relojes idénticos guardados en una caja de madera negra en su despacho. Incluso había nacido un cinco de mayo.

Era alto, rubio, de ojos verdes claros y expresión tranquila. Vestía un traje hecho a medida que parecía caerle perfecto sin esfuerzo, y llevaba el cabello cuidadosamente peinado hacia un lado. Todo en él transmitía orden, dinero y una clase natural imposible de fingir.

La vio cruzar la calle a través de los grandes ventanales de la cafetería, justo desde la mesa en la que solía sentarse casi cada mañana.

Le pareció curiosa. Había algo en su forma de caminar, en ese arrastre de maletas pesadas y en la manera en que miraba el edificio como si no terminara de creerse estar allí. Era evidente que iba a entrar.

Scott miró a su alrededor. No había ninguna silla libre cerca de él. Sin embargo, no le importó. Podía invitarla a sentarse de todos modos.

Esa mañana estaba especialmente observador, casi cotilla, de ese tipo de curiosidad tranquila que le aparecía a veces cuando la rutina dejaba huecos. No solía pasarle, pero cuando ocurría, se interesaba de verdad por las personas.

Y aquella chica era una de esas excepciones. No por su aspecto —que le resultó completamente normal— sino por otra cosa menos evidente. Una

mezcla de cansancio, dignidad y desconcierto que no encajaba con el lugar donde estaba.

Scott hizo una leve seña a la camarera en cuanto Eva dejó sus maletas a un lado y se sentó frente a él, todavía con la respiración algo acelerada del trayecto.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó él, como si fuera lo más natural del mundo invitar a una desconocida a desayunar.

Eva dudó apenas un segundo, mirando la carta sin verla del todo.

—Un desayuno… lo que sea completo —dijo al final, con voz baja—. Y un café.

—Perfecto —respondió Scott a la camarera con un gesto tranquilo.

No habían cruzado más que esas palabras. Ni una presentación formal, ni explicaciones. Solo un "gracias" breve de Eva cuando él le indicó la silla.

Aun así, Scott la observaba con discreción, sin prisa. Había algo en ella que no encajaba con la ciudad ni con la cafetería: el cansancio, las maletas enormes, la forma en que se sentaba como si aún no creyera del todo que estaba a salvo.

Cuando la camarera se alejó, él apoyó los antebrazos sobre la mesa, sin invadir el espacio, pero con una curiosidad clara.

—No eres de Nueva Orleans —dijo, más como una observación que como una pregunta.

Eva levantó la mirada, algo a la defensiva por instinto.

—No —respondió tras una pausa—. No lo soy.

Scott asintió, como si eso confirmara algo que ya intuía.

—Se nota —dijo con calma—. No te mueves como alguien de aquí.

Eva soltó una risa breve, sin alegría.

—Supongo que aquí todo el mundo "se nota" de alguna manera.

—Aquí la gente finge bien —admitió él, con una media sonrisa—. Pero tú no estás fingiendo ahora. Estás… agotada.

La palabra cayó sin dramatismo, pero dio en el centro. Eva bajó la mirada un segundo, apretando las manos sobre el borde de la mesa.

—He tenido un viaje largo —dijo simplemente.

Scott no insistió de inmediato. Se limitó a observarla un instante más, como quien mide el terreno antes de avanzar.

—¿Turismo? —preguntó al final, aunque la respuesta era evidente.

Eva negó despacio con la cabeza.

—No exactamente.

La camarera volvió con el desayuno. El plato era abundante, demasiado incluso para alguien con hambre atrasada. Eva lo miró como si no supiera por dónde empezar.

Scott apoyó la espalda en la silla, sin perderla de vista.

—No tienes que contarme nada que no quieras —dijo con tranquilidad—. Pero si estás perdida en esta ciudad, al menos puedo ayudarte a no estarlo del todo.

Eva alzó la vista hacia él por primera vez con algo más que agotamiento.

—No sé ni dónde estoy exactamente —confesó.

—Eso lo arreglamos primero —respondió Scott, sin dramatizarlo—. Luego ya veremos lo demás.

CAPÍTULO III

Eva apartó un poco el plato, como si el hambre hubiera perdido importancia de golpe, y lo miró con cansancio.

—Gracias por dejar sentarme —dijo en voz baja—. Y… ¿sabes si hay algún hotel barato cerca? Solo necesito algo sencillo.

Scott no respondió de inmediato. La observó un segundo, como si esa pregunta le confirmara algo que ya sospechaba. Luego sonrió apenas, sin burla, más bien con sorpresa contenida.

—Antes de hablar de hoteles —dijo él con calma—, creo que podrías decirme quién eres. Qué haces aquí.

Eva soltó una risa corta, sin humor.

—Eso es al revés de cómo suele funcionar esto, ¿no?

—En esta mesa parece que sí —respondió él, encogiéndose ligeramente de hombros.

Hubo un silencio breve. Eva bajó la mirada hacia sus manos, como si pesaran demasiado incluso para sostenerse. Estaba agotada. Tan al límite que ya no le quedaba energía para inventar nada más, ni para protegerse demasiado.

Y empezó a hablar.

Le contó el viaje desde España, los meses de conversaciones, las promesas que parecían reales en cada llamada, el dinero enviado poco a poco, la llegada a un aeropuerto desconocido, el mensaje sin respuesta, las horas esperando a alguien que nunca apareció. Le contó el momento en que lo entendió todo en la oficina de policía, la vergüenza, el miedo, la sensación de estar completamente sola en una ciudad enorme que no era la suya.

Scott no la interrumpió. Ni una vez.

Solo la escuchaba. Atento. Quieto. Con una expresión que no era ni incredulidad ni juicio, sino algo más difícil de definir: una mezcla de sorpresa y una seriedad creciente, como si estuviera midiendo la magnitud de lo que oía.

Cuando Eva terminó, se quedó en silencio, mirando la taza de café sin tocar.

—Ya no me queda nada que perder —dijo al final, casi en un susurro.

Scott tardó unos segundos en responder.

—No es verdad —dijo finalmente, con voz baja pero firme.

Eva alzó la mirada hacia él, cansada, desconfiada incluso de esa frase.

Él no apartó los ojos.

—Puede que hayas perdido muchas cosas —continuó—. Pero todavía estás aquí. Y eso, aunque no lo parezca ahora, no es lo mismo que no tener nada.

Scott se quedó un instante en silencio después de sus propias palabras, como si estuviera terminando de encajar una idea que acababa de tomar forma mientras la escuchaba.

Scott Dupont tenía una vida perfectamente estructurada: cinco hoteles de lujo, dinero suficiente para no pensar en él, una agenda siempre llena y una relación con Elizabeth Hartwell, que era… complicada, distinta, de esas que no encajan fácilmente en una frase simple. Además de eso, apenas le quedaba familia directa salvo su abuela.

Y fue precisamente en ella en quien pensó al mirar a Eva.

—Tengo una idea —dijo al fin, apoyando los dedos sobre la mesa con calma—. Mi abuela, Octavia Dupont, vive en las afueras. En una de esas antiguas plantaciones restauradas… pero adaptadas a la vida actual.

Eva lo miró sin entender aún hacia dónde iba.

—Necesita a alguien que la acompañe —continuó Scott—. Alguien que esté con ella, que le ayude un poco en el día a día. Nada extraño, nada complicado.

Hizo una pausa breve, midiendo sus palabras.

—Si tú quieres… puedo llevarte ahora mismo. Está a las afueras de la ciudad. Es un lugar tranquilo. Seguro.

Eva frunció ligeramente el ceño, procesando la propuesta con cautela.

—¿Así, sin más? —preguntó.

Scott asintió despacio.

—La camarera me conoce —añadió con una leve sonrisa, como intentando restarle dramatismo a la situación—. No te estoy llevando a ningún sitio raro. Es simplemente… una oportunidad. Y un sitio donde estar mientras decides qué hacer con tu vida.

Eva bajó la mirada un segundo. Seguía agotada, todavía con la sensación de no pertenecer a ningún lugar del mundo.

—¿Y tu abuela aceptaría a alguien como yo? —preguntó en voz baja.

Scott soltó una pequeña risa, tranquila.

—A mi abuela le vas a encantar —dijo con seguridad—. Le gustan las personas que han sobrevivido a situaciones difíciles.

La miró con seriedad otra vez, ya sin sonrisa.

—No tienes que decidir ahora mismo. Pero si dices que sí, te llevo.

—¿Vive sola? —preguntó Eva, con una mezcla de cautela y necesidad de agarrarse a algo concreto.

Scott negó despacio.

—No. Tiene seis personas que trabajan para ella. La casa no está vacía. Pero tampoco es un lugar caótico. Es… tranquilo. Ordenado.

Hizo una pausa breve, buscando la forma de decirlo sin que sonara a promesa vacía.

—Y sí, es rica —añadió, más bajo, como si eso pudiera ayudarla a entender el contexto sin asustarla—. Pero no es de esas personas inaccesibles. Mi abuela es… particular. Le gusta la gente útil, honesta.

Eva bajó la mirada hacia el café. Ya no tenía fuerzas para analizar intenciones, ni matices, ni riesgos. Solo tenía cansancio. Un cansancio profundo, de los que apagan la capacidad de decidir bien o mal.

Scott continuó, más suave:

—Yo voy algunos fines de semana. A veces me quedo allí para descansar. No es un sitio donde te vas a sentir expulsada ni vigilada. Al contrario. Tendrás tu espacio.

La miró con atención, sin presionarla.

—Y te pagaría. Bien. Tendrías comida, habitación… tiempo para respirar.

El silencio se estiró unos segundos. Eva respiró hondo, como si cada pensamiento pesara demasiado. No tenía plan, no tenía dinero suficiente para otra noche de hotel, no tenía a nadie esperándola.

No había nada. Solo agotamiento.

Levantó la vista hacia él.

—Sí —dijo al fin, casi en un susurro—. Vale.

Y Scott no la dejó pagar el desayuno. Le ayudó con la maleta. Y entraron al garaje de un hotel maravilloso. Ella no dijo nada. Le abrió la puerta de un coche fabuloso que ella no había visto ni de cerca, metió las maletas en el maletero y arrancó.

Salieron de la ciudad y a la media hora, entró por un camino hasta una verja, que se abrió.

Ella vio la casa blanca más maravillosa que nunca había visto, con grandes jardines, unas barandas a un lado que daba al rio, garaje para al menos cuatro o cinco coches y tres plantas, preciosas, un gran porche con columnas, sí, era como las casas de Nueva Orleans de las película, de las antiguas plantaciones, pero modernizada.

-Cierra al boca mujer.

-Es… preciosa.

-Te lo dije. Te presento a mi abuela y me voy. Tengo trabajo.

-¿En qué trabajas?

-En hoteles.

Sin más.- Pero ella pensó que o era recepcionista o un cargo gordo, por la ropa que llevaba.

-Vale, Scott- le dijo ella emocionada-gracias.

-No me las des, aguanta a mi abuela- se rio éste.

Scott no reaccionó con sorpresa exagerada ni celebración. Solo asintió, como si acabara de cerrarse algo natural.

Antes de que Scott pudiera llamar a la puerta, esta se abrió.

Un mayordomo impecable, de presencia serena y postura perfecta, apareció en el umbral. Vestía con precisión absoluta, guantes blancos, uniforme cuidado al detalle. Su mirada pasó brevemente por Eva, sin juicio, solo observación educada, y luego se centró en Scott.

—Señorito Scott —dijo con respeto—. Pase, su abuela está en la sala.

Eva se quedó un segundo detrás, con las maletas en la mano, pequeña en la entrada, como un pájaro herido que no sabe si puede cruzar el umbral.

Scott se giró ligeramente hacia ella, con una calma tranquilizadora.

—Ven —le dijo simplemente.

El mayordomo abrió más la puerta y se hizo a un lado para dejarles pasar. Dentro, la casa olía a madera limpia y a algo antiguo bien cuidado, como si el tiempo allí fuera distinto.

Eva dio un paso, todavía sin saber si aquel era el comienzo de algo bueno… o simplemente otro lugar donde no encajar.

Entraron en la casa y el ambiente cambió por completo: fresco, silencioso, con una elegancia antigua que no intimidaba, pero imponía respeto. Eva avanzó detrás de Scott, todavía con las maletas, como si no terminara de creer que podía estar allí sin que alguien la echara en cualquier momento.

En la sala principal estaba Octavia Dupont. Erguida, serena, con esa presencia de las personas que han mandado en un lugar durante décadas sin necesidad de alzar la voz.

En cuanto vio a Scott, su expresión se suavizó. Él no dudó: cruzó la sala y la abrazó con naturalidad, como alguien que vuelve a casa.

—Abuela —murmuró él.

Octavia le acarició brevemente el brazo antes de mirarlo con atención. Luego su mirada se deslizó hacia Eva.

Scott dio un paso hacia un lado, presentándola.

—Ella es Eva —dijo—. La he traído porque… necesita un lugar donde estar. Y pensé que podría ayudarte como asistente, compañía… lo que tú consideres.

Eva bajó ligeramente la mirada, incómoda pero educada.

Scott no se detuvo ahí. Le contó a grandes rasgos lo que ella había explicado en la cafetería: el engaño, el viaje, el dinero perdido, la llegada sola a una ciudad desconocida. Sin dramatizarlo, pero sin suavizarlo tampoco.

Octavia escuchó en silencio. Sin interrumpir. Sin prisa.

Cuando Scott terminó, la mujer miró a Eva durante unos segundos largos, como si la estuviera leyendo por dentro. Luego asintió con calma.

—Claro que puede quedarse —dijo finalmente—. Nadie llega hasta aquí por casualidad y en ese estado sin necesitar ayuda.

Se acercó a Eva con una tranquilidad firme.

—Puedes quedarte aquí. Aprenderás la casa. Me acompañarás si quieres. Aquí no eres un problema. Eres la más joven de esta hacienda, si aceptas ser parte de ella.

Eva tragó saliva, sin saber qué decir.

Scott, que ya había echado un vistazo al reloj, se giró hacia ambas. Su expresión era más práctica ahora, como si el mundo exterior lo estuviera llamando.

—Tengo que irme —dijo—. Mañana enviaré al abogado para dejar todo el contrato y la documentación en orden.

Miró a Eva un segundo, directo pero sin presión.

—Estás a salvo aquí. Lo demás se irá arreglando poco a poco.

Y sin más, se encaminó hacia la salida, dejando a Eva en la sala, con una casa desconocida, una mujer que acababa de abrirle la puerta… y la primera sensación, en mucho tiempo, de que quizá no todo estaba perdido.

Scott se fue a trabajar temprano, con el gesto tenso de quien ya iba tarde incluso antes de salir de casa. Tenía reuniones que no podía posponer y el teléfono vibrando en el bolsillo como un recordatorio constante de todo lo que aún quedaba por resolver.

Antes de marcharse, se detuvo un instante. La miró a ella.

—Eres bienvenida, pero hoy no puedo quedarme —dijo con calma medida —. Tengo el día lleno. Mañana enviaré al abogado. Se encargará de todos los documentos que Eva necesite- le dijo de nuevo a la abuela.

No esperó respuesta. Solo asintió, como si con eso cerrara el asunto, y salió.

La abuela la observó desde el salón, en silencio, con esa forma de mirar que no juzga, pero lo entiende todo. Había algo en ella —en su postura, en la forma en que sostenía el cansancio sin admitirlo— que la delataba.

Se acercó despacio y le tomó la mano.

—Estás agotada —murmuró con suavidad, más afirmación que pregunta.

Luego llamó al mayordomo.

—Que preparen la habitación frente a la mía —ordenó—. Y dile a Iris que le ayude a abrir las maletas. Que le deje la ropa lista, bien planchada y colocada. Quiero que no tenga que preocuparse de nada.

Hizo una pausa breve, mirándola de reojo.

—Que descanse. De verdad. Hasta que esté fresca.

El tono no admitía discusión, pero tampoco era una imposición dura. Era cuidado, envuelto en autoridad.

La abuela volvió a mirarla con ternura tranquila, como si ya supiera el final de ese día antes de que empezara.

—Vas a dormir todo el día y toda la noche —añadió en voz baja—. Y mañana hablaremos con calma.

Y en esa promesa sencilla, todo pareció por fin aflojarse un poco.

Como estaba previsto, al salir de la ducha no había nadie, era casi mediodía, la habitación era enorme, con su baño y vestidor, completa, con vistas al rio y a un horizonte maravilloso, de otro tiempo.

Un silencio implacable.

Le habían planchado y colocado todo y en una mesa al lado de la ventana con una silla a modo de despacho, le dejó Iris, a la que no conocía, sus documentos y su pc cargando y el móvil cargando también. Y su costurero. El regalo más bonito que le habían hecho. Sonrió y se tumbó en la gran cama maravillosa y no tuvo tiempo de pensar más.

CAPÍTULO IV

Eva se despertó en el silencio sereno de la mañana siguiente. Durante unos segundos permaneció inmóvil, envuelta todavía en el calor de las sábanas, escuchando el canto lejano de unos pájaros y el leve crujido de la casa antigua acomodándose al nuevo día. Había dormido profundamente, tantas horas que se sentía ligera, despejada, como si hubiese dejado atrás semanas enteras de cansancio.

Miró la pantalla del móvil.

Las nueve de la mañana.

Se levantó despacio, hizo la cama con cuidado y se vistió con unos vaqueros cómodos, zapatillas blancas y una camiseta de manga larga color crema. Era primavera, aunque el aire ya traía una brisa cálida que anunciaba el verano cercano.

Con el teléfono todavía en la mano, bajó las escaleras lentamente, observando cómo la luz entraba por los grandes ventanales de la mansión. Todo estaba en calma.

Al asomarse a la sala donde el día anterior había encontrado a Octavia, vio a la abuela de Scott sentada junto a la ventana, elegantemente vestida con un chal azul claro sobre los hombros. Tenía una taza de té entre las manos.

—Buenos días, querida —dijo Octavia apenas la vio—. Ven aquí.

Eva sonrió sin darse cuenta y se acercó.

—Buenos días.

Octavia le tomó la mano con una calidez inesperada.

—Has descansado bien. Se nota en tu cara.

—Muchísimo mejor, sí.

—Eso me alegra. Esta casa necesita gente descansada y amable.

Eva soltó una pequeña risa.

—Entonces supongo que he venido al lugar correcto.

—Oh, todavía no lo sabes —respondió Octavia con una sonrisa traviesa—. Vamos al porche. Rees, la coinera, ha preparado el desayuno y odio comer sola.

El porche trasero estaba bañado por una luz dorada y tranquila. Desde allí se veía el jardín extendiéndose hasta los árboles del fondo, todavía húmedos por el rocío de la mañana. Sobre la mesa había café recién hecho, fruta, tostadas y unos pequeños bollos calientes.

Octavia insistió en servirle personalmente el café.

—Come, cariño. Estás demasiado delgada.

—Todo el mundo me dice eso.

—Porque es verdad.

Desayunaron entre comentarios suaves y silencios cómodos. Eva empezó a relajarse de verdad por primera vez desde que había llegado.

Octavia la observaba con curiosidad afectuosa.

—Ahora cuéntame tu vida —pidió de pronto—. Toda.

Eva levantó las cejas.

—¿Toda? Eso podría llevar horas.

—Perfecto. Tengo horas.

La forma tan natural en que lo dijo, hizo reír a Eva otra vez. Y, sorprendentemente, empezó a contarle cosas. No todo, no lo más doloroso todavía, pero sí fragmentos: dónde había crecido, sus estudios, los trabajos temporales, los pequeños fracasos, las amistades perdidas, lo difícil que había sido sentirse sola últimamente.

Octavia la escuchó con atención genuina, sin interrumpirla apenas, como si cada detalle tuviera importancia.

Cuando Eva terminó una historia especialmente absurda sobre una antigua compañera de trabajo, la anciana soltó una carcajada elegante.

—Oh, me gustas muchísimo —declaró.

Eva sintió un calor inesperado en el pecho.

—A las once vendrá el abogado —añadió Octavia después, tomando un sorbo de té—. Pero antes quiero presentarte a todos.

Entraron de nuevo en la casa y Octavia fue llamando al personal uno por uno.

Primero aparecieron Iris y Azalea, dos mujeres de mediana edad completamente distintas entre sí. Iris era alta, seria y eficiente; Azalea, más baja y risueña, con mejillas sonrosadas y ojos vivaces.

—Ellas se encargan de la casa —explicó Octavia—. Y después ayudan a Rees en la cocina.

—Encantada —dijo Azalea con una sonrisa inmediata.

—Iremos cuidando de ti también —añadió Iris, aunque con una discreción mucho más elegante.

Después apareció Rees desde la cocina, secándose las manos en un paño.

—No hagas caso a la señora si intenta alimentarte cada veinte minutos —comentó con tono seco—. Lleva haciéndolo cuarenta años.

—Y seguirá haciéndolo cuarenta más —replicó Octavia.

Luego conoció a Louis, un hombre robusto de cabello gris y manos grandes llenas de pequeñas cicatrices.

—El jardín es suyo —dijo Octavia—. Y también cualquier cosa que se rompa en esta casa.

—Porque aquí todo se rompe —murmuró Louis con resignación divertida.

—Es un auténtico manitas —añadió ella.

Finalmente apareció Tyler, impecable con su camisa oscura y una expresión tranquila.

—Tyler es el chofer. A veces irá solo a hacer las compras y otras veces nos llevará a ti o a mí donde necesitemos.

—Un placer, señorita Eva —dijo él inclinando ligeramente la cabeza.

Eva los miró a todos sintiendo algo extraño.

Y a Amos, ya lo conoces, es el mayordomo, se encarga de la puerta, la seguridad, la correspondencia y las cuentas.

Aquello parecía una familia perfectamente organizada alrededor de Octavia.

La anciana volvió a tomarla del brazo.

—Y tú —dijo suavemente— vas a ser mi compañía.

La miró con una mezcla de ternura y sinceridad que desarmó a Eva.

—Leeremos juntas, hablaremos, pasearemos por los jardines… Tal vez consigamos que esta casa vuelva a sentirse viva otra vez.

Eva no supo qué responder inmediatamente.

Pero, la idea de quedarse en algún lugar no le produjo miedo.

Dieron un paseo por los jardines y el cenador, y volvieron a las once, cuando vieron el coche del abogado. Este iba a hacerle a Eva el contrato y un DNI nuevo. Le pidió su número de cuenta bancaria, un seguro de salud y el permiso de conducir, pero ella no sabía dónde estaban los documentos, y Tyler iba a enseñárselos.

Ya lo tenían todo, después de comer, Octavia se echaba su siesta en su dormitorio y ella con Iris vieron toda la casa. Era preciosa, piscina en el jardín… después se echó un rato en el sofá de la sala y se quedó dormida pensando la suerte que tenía.

Por la tarde hablaron del trabajo anterior de Eva en Cádiz. Ella, Octavia había sido costurera. Le encantaba la moda de su época y siempre iba muy bien vestida, como toda una señora. Pero con 75 años volvió a picarle el gusanillo. Estaba en forma y todo podía hacerse en vez de pensar tanto en el pasado y para ella, Eva era un soplo de aire fresco, y fue cuajando una idea que tenía en mente. Pero primero, necesitaban todos los documentos de Eva y que se sacara el carnet mientras tanto.

Pasaron las semanas y paseaban por los jardines, leían en el cenador o en el salón, hablaban. Eva fue tomando confianza y Octavia sabía toda su vida y ella la de Octavia. Y la de su nieto Scott. Su marido y los padres de Scott

sufrieron un accidente de coche. Ella ese día se encontraba mal y Scott no quería ir y se salvaron ambos y ella había cuidado de él hasta que salió de la Universidad. Y ahí se enteró de que era propietario de cinco hoteles de cinco estrellas y su número cinco.

A veces Scott pasaba a comer con ellas o se quedaba un sábado. Se le veía contento porque su abuela lo estaba y otras venía con su novia Elizabeth, a la que la abuela no le caía nada bien.

-Menos mal que no es serio. Mi nieto no quiere compromisos, pero ahí está como una lapa. No me gusta. Es tan estirada… claro que tiene un buen cuerpo y eso a los hombres…

Un jueves, cuando Eva bajó a desayunar, ella ya estaba vestida y el coche en la puerta.

-Vamos a desayunar a la ciudad mi niña.

-¡Ah! Entonces subo a por el bolso.

Metió su monedero con la tarjeta, y su móvil.

Tyler las llevó a una cafetería del centro, desayunaron tranquilas, riendo. Octavia pagó. No quiso que ella pagara.

-Y ahora vamos al mercado de las telas y los hilos. Hay uno- dijo ella con la boca abierta.

-Sí, y hay tiendas que hacen la ropa de carnavales y algunas que hacen su propia ropa.

-Me va a encantar ver eso y a usted.

-Tengo amigos. Y en una tienda me hacen la ropa a medida.

Cuando llegaron a ella se le hizo la boca agua. Miraba cada tienda, hilos, botones, accesorios, cremalleras, telas brillantes para carnaval… otras boutiques de novias, de vestir…

Y entraron a una donde la conocían…

-Pase doña Octavia, ¡cuánto tiempo!

-Ya sabes que no me visto de carnaval.

-Pero al menos cuando venga a por ropa pase a visitarme.

-Eso sí, hijo, ¿cómo te va?

-Este año voy muy retrasado, fatal. Ya veremos.

-Y eso…¿qué te pasa?

-Tengo dos chicos que se han ido, se han casado y me han dejado colgados en plena costura de carnavales. Y tengo, no sé cuantos pedidos.

-Eva miraba la tienda.

-¿Ves esa chica?, es mi pupila, cose ropa de carnaval.

-No me digas…

-Pero no va a cosértela aquí.

-No.

-Octavia decía el con ese deje de los gay.

-Si quieres, te cosemos en casa y lo traemos o lo trae Tyler.

-¿Pero tiene en casa máquina?

-No pero voy a poner una sala. Con todo, compraremos cintas de todo.

-Te proporciono todo para las ropas de carnaval, el resto, si terminas eso, te proporciono los hilos, tela y te doy precio.

-Me parece bien.

-¿Y si te doy las tallas y cinco trajes distintos de cinco grupos?. Si lo hacéis pronto, os doy más.

-Lo cogemos. Vengo el lunes.

-Te tengo preparados, medidas, alturas y si son chicas y chicos, colores, y uno de cada tipo. Yo me encargo del resto. Te pago esto por cada traje.- y le puso la cifra en un papel.

-Aceptamos. Aunque ahora vamos a hacer la inversión, pero nos darás más. Queremos hacer de novia y fiesta.

-¿En serio?, esa chica tan jovencita…

-Primero te terminamos lo de carnaval, luego vamos a por vestidos. ¿La tienda de mobiliario está donde siempre?

-Sí, doña Octavia.

-Pues el lunes tenme eso.

-No lo dude, telas incluidas. Eso es mío, ya las tengo compradas, hilos y demás.

-Si lo de carnaval me das hecho. Lo otro serán creaciones aunque te puede crear algunos de carnaval también.

Hizo una llamas a casa y les dijo a Iris y a Azalea y a los chicos que la sala que daba a la calle le quitaran todo el mobiliario y lo subieran a la planta tercera que estaba vacía, lo ubicaran bien en una de las salas.

-Como quiera señora.

Y se fue a la tienda y compró una mesa de patronaje, una máquina de coser, hilos, agujas, botones, adornos, de todo, sillas y estanterías, percheros altos... Tyle sabía la medida de las paredes.

-Quiero que me la pongan mañana sábado, todo listo.

Y el sábado por la tarde tenían montada allí una sala con todo lo habido por tener.

-Pero doña Octavia …

-Vamos a hacerle un favor a mi amigo Jack se le han ido dos chicos y debe terminar la ropa de carnaval. El lunes vamos de nuevo.

-¿Quiere que yo lo haga?

-Claro, paseamos por el jardín, trabajamos y me lees por la tarde un rato. Nos apagarán bien. Será tuyo el dinero, yo te ayudaré en lo que sepa.

-Entonces no me pague.

-Pues claro, esto es tu ahorro cariño, para comprarte tu coche. Cuando lo tengas debes salir al menos una noche a la semana divertirte.

-Dios, me encanta la sala de costura. No le falta nada, Doña Octavia. Se parece al taller donde trabajaba en Cádiz, y tiene hasta colgadores.

-Ea, pues ve a por tu costurero, tenemos estantes, telas y de todo, armarios y percheros para ir colocando lo hecho. Plancha de costura…

Todo el mundo estaba revolucionado ese fin de semana. Y ese fin de semana no vino Scott. Menos mal.

Eva puso a punto la máquina y los papeles de patronaje, tijeras y medidores cinta métrica y dos delantales. Todo a mano.

Y su ordenador en la mesa que se bajó de su dormitorio junto con la silla.

-Me encanta doña Octavia.

-Y a mí, paseos lectura y coseremos.

Y ella fue y le dio un abrazo.

-¡Ay mi niña.

Unas semanas después, aquello funcionaba. El taller era un hervidero, siempre a todo ritmo. Eva tomaba medidas, cosía y planchaba, mientras Octavia ayudaba en todo lo que podía hacerse a mano: poner botones, rematar costuras, coser pequeños detalles. No querían que se levantara demasiado. Tenía allí una mecedora, junto a la ventana, y desde ella Eva le iba dejando prendas para colocar abalorios o terminar adornos delicados.

A veces, Iris, cuando no tenía nada que hacer, ayudaba también: planchaba las telas terminadas y colocaba las prendas en los colgadores, alineándolas con cuidado.

Tyler se encargaba de llevar los pedidos y cobrar por cada prenda entregada. Después le dejaba el dinero a Eva, aunque ella protestaba y decía que no hacía falta.

-Para el coche cariño.

Había felicidad en la casa. Octavia y ella desayunaban, paseaban y se iban al taller, por la tarde, después de comer, descansaban un poco, ella menos, y luego iban la cenador, tomaban café allí y ella leía unas hojas del libro y seguían de nuevo.

Un fin de semana, aún haciendo trajes de carnaval, apareció para quedarse Scott y su novia Elizabeth.

El sábado por la mañana apareció Scott sin avisar. Entró al taller empujando la puerta con el hombro, cargado con una bolsa de comida y con esa sonrisa confiada de quien cree que siempre llega en el mejor momento.

—Bueno… ¿qué demonios es todo esto?

Se quedó mirando el taller con auténtica sorpresa. Había telas colgadas por todas partes, montones de cajas bajo las mesas, vapor saliendo de la plancha y el ruido constante de las máquinas de coser llenando la habitación. Parecía pequeño, caótico y vivo.

Detrás de él apareció Elizabeth.

Alta, impecable, con unos zapatos demasiado caros para aquel suelo lleno de hilos, observó todo como si hubiera entrado por error en un lugar que olía ligeramente a desastre.

—Oh —dijo, arrugando apenas la nariz—. Es… más grande de lo que imaginaba.

Y por su tono quedó claro que no era exactamente un cumplido.

Eva ni siquiera levantó mucho la vista de la máquina.

—Gracias.

Elizabeth sonrió, sin captar la indirecta.

Scott, en cambio, estaba encantado. Se movía de un lado a otro mirando prendas, tocando telas y haciendo preguntas sin parar.

—¿Todo esto lo habéis hecho vosotras? ¿Vendéis tanto?

—Más de lo que podemos coser —respondió Iris desde la plancha.

Eso pareció impresionarle de verdad.

Elizabeth cogió una chaqueta de una silla.

—¿Esto es lino? Porque parece arrugarse muchísimo…

—Porque está sin terminar —contestó Octavia con calma.

La otra soltó la prenda enseguida, como si pudiera estropearse solo por mirarla.

Al principio intentaron incluirla. Eva incluso le ofreció café y un sitio donde sentarse, pero Elizabeth tenía una capacidad especial para incomodar cualquier conversación.

Preguntó cuánto dinero ganaban "realmente", dijo que trabajar allí debía de ser "agotador y poco higiénico" y, después de cinco minutos observando a Iris planchar, comentó:

—Yo no podría hacer algo tan repetitivo. Me volvería loca.

—No te preocupes —murmuró Iris—. No corre peligro la señorita.

Scott soltó una carcajada tan fuerte que casi se atraganta.

A Elizabeth no le hizo gracia.

Pero, a pesar de ella, el día acabó siendo divertido. Scott insistió en ayudar con las entregas y volvió cargando cajas como si estuviera participando en una competición absurda para demostrar su fuerza. Tyler aprovechó enseguida y le dejó hacer los viajes más pesados mientras él se burlaba desde la puerta.

En algún momento de la tarde, Scott terminó sentado en el suelo cortando etiquetas mientras Eva le daba órdenes y Octavia se reía mirándolo fracasar con las tijeras.

—Están torcidas otra vez.

—¡Pues parecen rectas!

—Scott, literalmente has cortado una estrella- dijo Eva.

Elizabeth observaba aquello sentada aparte, aburrida y cada vez más irritada porque Scott parecía pasarlo mejor allí que en cualquier restaurante elegante al que ella pudiera arrastrarlo.

Y lo peor para ella fue que Octavia se reía.

Scott llevaba rato buscándole esa risa, haciendo tonterías cada vez más absurdas hasta conseguirla.

Cuando cayó la noche, el taller seguía desordenado y cálido, con olor a tela caliente y comida compartida en platos improvisados. Elizabeth ya quería irse desde hacía una hora.

Scott no.

Pero Scott, sabía que eso le daba vida a su abuela y dinero a Eva, y además estaban acompañadas y hacían actividades, escuchaban música antigua y moderna… y miró como se desenvolvía allí y la vio distinta y sin querer, la comparó con su novia.

—Deberíamos venir más veces —dijo.

—No “deberíamos” —replicó Elizabeth inmediatamente.

Pero nadie le hizo mucho caso.

Scott empezó a mirar a Eva de otra manera aquella tarde.

No fue algo inmediato ni evidente, ni siquiera para él. Simplemente ocurrió. Entre el ruido de las máquinas, el vapor de la plancha y el caos de telas acumuladas, empezó a fijarse en cosas pequeñas: en cómo Eva daba órdenes sin levantar la voz y aun así todo el mundo la escuchaba, en la rapidez de sus manos, en la paciencia que tenía con Octavia, en la forma en que se recogía el pelo con el antebrazo cuando estaba ocupada cosiendo.

Y sobre todo en lo cómoda que parecía allí.

Elizabeth, en cambio, desentonaba como una visita atrapada por accidente.

Aguantó el viernes y casi todo el sábado haciendo esfuerzos visibles por parecer amable, aunque cada pocas horas dejaba caer algún comentario desagradable disfrazado de sinceridad.

Que si el taller era demasiado pequeño.

Que si el ruido era insoportable.

Que si no entendía cómo podían trabajar tantas horas.

Scott dejó de responderle después de un tiempo. Estaba demasiado ocupado ayudando a Tyler con las entregas o sentado junto a Eva revisando pedidos mientras ella hacía cuentas sobre una libreta llena de manchas de tiza.

Y eso Elizabeth también lo notó.

Por la noche, cuando todos estaban cenando alrededor de la mesa improvisada del taller, ella dejó el vaso lentamente y suspiró.

—Creo que voy a volver al hotel.

Scott levantó la vista.

—¿Ahora?

—Me duele muchísimo la cabeza. Tanto ruido todo el día… —sonrió apenas—. Además, mañana he quedado temprano con una amiga que vive aquí.

La excusa sonó tan preparada que hasta Scott dejó de comer un segundo.

Eva, educada, asintió.

—Claro. Descansa.

Elizabeth se levantó esperando, quizá, que Scott dijera que la acompañaba.

Pero él dudó.

Y esa mínima duda bastó para que algo se endureciera en la expresión de ella.

—No hace falta que vengas —dijo enseguida—. Ya pediré un coche.

—¿Segura?

—Sí.

Cogió el abrigo y se marchó después de despedirse con un beso rápido en la mejilla de Scott.

La puerta se cerró.

Y el ambiente cambió inmediatamente.

Más ligero.

Octavia fue la primera en hablar.

—Pensaba que nunca se iba a ir.

Iris soltó una carcajada.

Incluso Octavia sonrió escondiendo la boca detrás de la taza.

Scott negó con la cabeza, resignado.

—No es tan horrible.

Todos lo miraron en silencio.

—Vale —admitió él al final—. Sí lo es un poco.

Las risas llenaron el taller otra vez.

Y Eva también se rio, apoyando la frente un instante sobre la mano, cansada pero relajada. Scott la miró entonces desde el otro lado de la mesa y sintió algo extraño en el pecho, una sensación incómoda y cálida al mismo tiempo.

Porque Elizabeth se había ido…

Y él ni siquiera la echaba de menos.

CAPÍTULO V

El domingo amaneció tranquilo por primera vez en semanas.

No había máquinas sonando ni entregas urgentes. El taller seguía patas arriba, pero por unas horas nadie parecía dispuesto a preocuparse por ello.

Scott apareció a media mañana apoyado en la puerta con dos bolsas de papel en las manos.

—Te la robo un rato.

Eva levantó la vista de unas cuentas y frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Necesitas salir de aquí antes de convertirte oficialmente en parte de la máquina de coser.

Tyler soltó una risa desde el fondo.

—Llévatela. Da miedo cuando lleva más de diez horas trabajando.

Eva intentó protestar, pero Octavia la miró con una expresión tan insistente que terminó cediendo.

-Así descanso. Es domingo. Y ella necesita tomar el aire.

Salieron andando sin demasiados planes. Scott había comprado comida en un mercado cercano: pan, fruta, queso, unas botellas pequeñas de limonada. Caminaron por las afueras, lejos del ruido, siguiendo un sendero seco rodeado de hierba alta y árboles movidos por el viento cálido de la tarde.

Y Eva dejó de estar ocupada. Iba contenta con su vida, animada, feliz.

No tenía una aguja en la mano ni una lista de pedidos en la cabeza. Solo caminaba despacio junto a él, escuchándolo hablar de cualquier tontería.

Scott la hacía reír con facilidad. Más de la que ella quería admitir.

Encontraron un sitio tranquilo cerca de una colina baja desde donde se veía un pueblo a lo lejos. Extendieron una manta vieja sobre el suelo y comieron allí, bajo el sol suave del mediodía.

—Nunca paras —dijo Scott observándola mientras ella bebía limonada.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Sí, pero tú no sabes descansar.

Eva sonrió apenas.

—¿Y tú sí? Tienes cinco hoteles, me lo ha dicho tu abuela.

—Yo soy excelente perdiendo el tiempo, pero eso sí, soy un buen partido.

Ella soltó una risa corta.

Y Scott se quedó mirándola un segundo más de lo normal.

Había algo diferente sin el ruido del taller alrededor. Eva parecía más joven así, relajada, despeinada por el viento, con las mangas remangadas y la guardia un poco baja.

Hablaron durante horas. De cosas pequeñas al principio. Luego de otras más personales. De miedos, de planes, de lo cansados que estaban a veces de fingir que podían con todo. Comieron y bebieron.

Y sin darse cuenta terminaron tumbados sobre la manta, demasiado cerca.

Scott estaba más relajado que nunca, la miró bien, era muy guapa, era… apartó un mechón de pelo de la cara de Eva con una lentitud que la hizo contener el aire.

—Te estoy mirando demasiado, ¿verdad? —murmuró él.

—Sí.

—¿Quieres que pare?

Ella debería haber dicho que sí.

Pero no lo hizo.

El beso llegó despacio, casi dudando al principio. Cálido. Inesperadamente suave para alguien como Scott.

Eva le agarró la camisa cuando él volvió a besarla y entonces dejó de haber dudas. Era el primer beso que le daban y él supo que no la habían besado

mucho.

Todo ocurrió con esa rapidez torpe de las cosas que llevan tiempo creciendo sin que nadie quiera admitirlo. Las manos buscando, las respiraciones desordenadas, las risas nerviosas entre un beso y otro.

Scott la miró una vez más, todavía dándole tiempo para echarse atrás.

Eva fue quien volvió a besarlo.

Después ya no pensaron demasiado.

El viento movía la hierba alrededor de ellos y el sol empezaba a caer lentamente cuando terminaron abrazados sobre la manta, todavía intentando recuperar el aliento entre pequeñas carcajadas incrédulas.

—Bueno… —dijo Scott mirando el cielo—. Esto no me lo esperaba esta mañana.

Eva se tapó la cara un instante, riéndose.

—Cállate.

—No, en serio. Creía que ibas a pegarme antes de besarme.

—Todavía podría hacerlo.

Scott giró la cabeza para mirarla, sonriendo despacio.

Y esa vez, cuando volvió a besarla, ya no hubo sorpresa en ninguno de los dos. Se desvistieron, más bien, la desvistió y ella temblaba como un pajarillo en una rama movida por el viento.

-No… pero no era una negativa, quería decirle que ella nunca lo había hecho.

-Shhh- dijo Scott.

Vio sus pechos, turgentes, urgentes para lamerlos y morderlos y lo hizo y ella se sintió húmeda, mojada, deseosa de lo que iba a pasar y más con ese hombre. Se olvidó de que tenía novia. Se olvidó del mundo entero y se entregó.

Cuándo abrió las piernas para él, Scott entró libre como el viento, jamás había entrado así, pero con ella perdió el control. La deseaba, estaba caliente, duro y entró despacio en ella, besándola, mordiendo sus pezones gimiendo ambos bajito entre la suave brisa, apartados del mundo y ella sintió algo tan especial, que la desbordaba, que la llenaba, como terciopelo, hasta que él encontró su barrera y lo supo, que era virgen y la miró y no pudo parar. Un pequeño empujón, un gemido apenas audible y siguió despacio y ella le apremiaba porque de su cuerpo bajaba algo desconocido y que la llevaba a tierras lejanas y él desembarcó en ese puerto. Con 33 años en un puerto donde nadie había atracado. Que nadie había besado ni tocado. Estaba muy seguro de eso.

Y suponía o un problema o algo mas grande.

Salió de ella y la arrastró consigo.

No hacían falta palabras, sabían todo. Le besó la frente y la apretó a su cuerpo.

-Mi pequeña virgen… has estado escondida, sola…

-Ya no lo estoy, tu abuela me encanta. Vivo muy bien. Cuando me compre el coche, saldré. Me examino el mes que viene dice Tyler.

Hubo un silencio y él cerró los ojos sin soltarla echando otra manta sobre sus cuerpos.

-Scott…

-Dime pequeña.

-Tienes novia, ¿crees que he sido mala? No quiero meterme entre vosotros.

Scott sonrió.

-No te metes en nada, somos amigos con derecho, ya sales. Y por si no lo sabes, hace dos meses que no tenemos sexo. Ni anoche-le evitó la pregunta.

-Pero…

-No peguntes qué va a pasar. Disfruta de esta tarde. Yo lo pensaré. Es hora de dejarla, como dice mi abuela, no le gusta y no me conviene. Le gusta salir, el dinero y el estatus que tiene conmigo.

Eva no dijo nada.

-Ponte encima nena.

-¿Estás loco?

-No loco no, caliente y duro de nuevo- y ella rio suavemente y lo hizo.

Y se colocó en su puerta y ella entró deslizándose y resbalosa se movió en él.

-¡Joder Eva!, tan chiquita y joven… ufff cómo me pones, aggg. Sigue. Ah dios y ella lo cabalgaba moviendo sus pechos, hasta descansar en él y se besaban y se perdieron en un clímax total.

Repitieron de nuevo, y al final se fueron.

Ella tenía hasta dolor en su sexo. Porque él era grande y bien dotado. Y ella era pequeña y no habían entrado salvo él en su cuerpo.

-La próxima vez no seré tan tierno.

-¿Habrá próxima vez?- dijo ella ingenua.

-Mi pequeña niña, no lo dudes. Ni sufras, la dejaré.

La abrazo y con las bolsas emprendieron el camino de vuelta. Él se iba por la mañana.

La habitación de Eva esa noche estaba en silencio. Scott se había colado y habían vuelto a hacer el amor un par de veces más. Sentía el olor de su cuerpo, el calor… hasta que se durmió.

La habitación se quedó en silencio, iluminada apenas por la lamparita de la mesilla se noche. afuera, los grillos cantaban entre los inmensos jardines de las afueras de Nueva Orleans.

Eva dormía de lado, con la sábana subida hasta el hombro. Scott estaba despierto. Él que era un hombre seguro, no sabía qué hacer con todo lo que sentía.

Había tenido mujeres. Muchas. Relaciones fáciles, complicadas, pasajeras.

Elizabeth era cómoda. Divertida. Sin preguntas. Sin expectativas reales. Una especie de refugio elegante donde esconderse de todo lo serio.

Pero Eva…

Eva, en una tarde, le había cambiado el aire en el pecho. No podía quitarse de la cabeza el momento en el campo, cuando ella nerviosa y temblando, sin palabras , había confesado la verdad con los ojos húmedos y la respiración contenida. Él había sentido algo parecido al vértigo. No por el hecho en sí, sino porque ella había confiado en él de una manera absoluta.

Y eso le daba miedo.

Giró la cabeza lentamente para mirarla dormir. Tan pequeña entre aquellas sábanas enormes… tan joven… tan distinta de todo lo que conocía. Ya lo supo al verla aquella mañana con sus maletas mientras él tomaba el café de la mañana a través de los cristales.

“¿Qué demonios estoy haciendo contigo?”, pensó.

Porque sabía que ya no podía seguir viendo a Elizabeth. Sería una traición y aunque hacía dos meses sin tener relaciones y técnicamente no tenían promesas, Eva no entendería esos matices grises. Eva amaba en limpio. Y quizá él empezaba a hacerlo también.

Se pasó una mano por el rostro, agotado. Le aterraba romper algo tan delicado.

Le aterraba más, darse cuenta de que ella ya importaba demasiado.

Eva tampoco dormía realmente. Tenía los ojos cerrados, pero sentía cada respiración de Scott al otro lado de la cama. el corazón todavía latía extraño, suave y acelerado a la vez.

No podía creer que hubiese ocurrido.

Ella … con él.

A veces pensaba que Scott parecía salido de otro mundo: seguro, perfecto, atractivo, adulto, imposible. Y sin embargo, aquella tarde la había tratado con una delicadeza que no esperaba. Como si de verdad le importara no hacerle daño.

Eso había sido peor para su corazón que cualquier beso. Porque ahora sí estaba perdida.

Apretó ligeramente la sábana entre los dedos. Le daba vergüenza haber sido virgen para él. Había temido que se apartara, que cambiara la mirada, que se arrepintiera. Pero Scott solo la había abrazado más fuerte, apoyando la frente contra la suya como si aquello significara algo importante. Y ella sabía que lo había significado, al menos para ella.

Aunque también sabía otra cosa. Scott tenía una vida en la ciudad que ella no conocía del todo. Diez años era una gran diferencia entre ambos, experiencia como veinte años. Mujeres como Elizabeth. Amigos ricos. Negocios, experiencias. Un pasado lleno de sombras que a veces aparecía en sus silencios.

¿Y si aquello solo era un momento bonito para él?

La idea le hizo daño en el pecho. Abrió los ojos despacio y lo miró de perfil en la oscuridad. Él seguía despierto.

Tan guapo que dolía.

Y entonces Eva entendió que estaba enamorándose de verdad. Por primera vez en su vida, del primer hombre que la había tocado. No era nada comparado con sus fantasías adolescentes. No como en las películas.

De verdad.

Y eso daba muchísimo más miedo.

CAPÍTULO VI

Eva despertó despacio, aún envuelta en el calor de la noche anterior. Durante unos segundos sonrió contra la almohada como una adolescente al recordar las manos de Scott. El picnic, el césped húmedo bajo su espalda y aquella forma en la que él la había mirado después, casi con incredulidad.

Pero el otro lado de la cama, estaba vacío. Se incorporó despacio. La casa seguía silenciosa, enorme, antigua y moderna a la vez. con ese crujido elegante de la mansión de Nueva Orleans al amanecer. Había una nota sobra la cómoda..

He tenido que irme temprano a la ciudad. Tengo reuniones y mucho trabajo pequeña. Te llamo esta noche. S.

Eva acarició el papel con la yema de los dedos, intentando no sentirse decepcionada. No eran nada. Todavía no.

Se vistió y bajó las escaleras. Octavia, ya estaba en el porche, impecable como siempre, esperándola, con un vestido color marfil y una taza de café entre las manos. El sol bañaba los jardines húmedos y el aire olía a magnolias.

-Buenos días, niña-dijo Octavia al verla- Pensé que dormirías hasta el mediodía.

Eva sonrió intentando parecer normal. La abrazó y le dio un beso en la cara.

-Tengo trabajo. Tenemos que acabar en tres semanas todo lo de carnaval, antes de que apriete el verano. ¿Vamos a ver vestidos de novia y de fiesta?

-Cuando acabemos, seguro, ahora ahí tenemos que comprar telas, tallas, no son de encargo, salvo si nos lo encargan.

-Bueno tengo el dinero, o invertiremos en telas y lo que necesitemos.

-¡Ay mi niña!, eso es para el coche.

-Para nada, ya me compraré el coche.

-Puedes pagarlo a plazos si eres tan testaruda. Y cuando juntes mucho, lo pagas.

-Eso me gusta más. No puedo consentir que usted sea tan generosa y me paga un sueldo.

-Lo mereces. Soy más feliz que hace dos meses. Esto me da vida.

Octavia la observó apenas un segundo. Esa chica veía demasiado y era buena y generosa, cariñosa, aparte de trabajadora.

-Claro que sí- dijo.

Desayunaron juntas en el porche: tostadas, frutas, café, bollos, como todas las mañanas. Octavia hablaba de los preparativos del carnaval, de algunos trajes brillantes que le encantaban, los encargos pendientes y los trajes que tendría Tyler que llevar esa tarde y traerse otro y el dinero. Eva respondía, aunque a ratos su mirada se perdía hacía el camino de entrada, como si esperara ver aparecer el coche negro de Scott.

Después caminaron por los jardines, como todas las mañanas. Era ya una rutina entre ellas. Octavia le enseñaba flores nuevas, los nombres, rosales antiguos de rosas de diversos colores, fuentes escondidas entre los árboles, bien cuidadas. Eva amaba aquella casa, pero esa mañana todo parecía distinto. Más vivo, más peligroso. Porque Scott había cruzado una línea.

Y ella también.

Horas después, en la gran sala de costura, el ambiente era un caos elegante: telas brillantes, lentejuelas, plumas violetas y doradas para los trajes de carnaval que llevaban entre manos. La máquina sonaba sin descanso mientras Eva cocía concentrada, aunque cada pocos minutos miraba el móvil escondido junto a las telas.

Scott, no llamó durante el día, pero lo hizo por la noche, cuando ya estaba en la cama. Era más íntimo.

Eva contestó al primer tono y tuvo que disimular una sonrisa.

-Hola.

La voz grave de Scott atravesó el silencio del dormitorio.

-Llevo todo el día pensando en ti, pequeña.

Eva bajó la mirada.

-Te fuiste sin despedirte.

-Si me quedaba, no me habría ido nunca.

El corazón le dio un vuelco absurdo.

Hablaron casi una hora. De cosas pequeñas. Del carnaval. De Nueva Orleáns. De cómo la abuela tenía sospechas de todo, pero era discreta. Aunque debajo de cada frase había una conversación más intensa, más peligrosa.

Y Eva empezaba a enamorarse.

Cuando colgó, Scott permaneció sentado dentro de su coche frente a su apartamento durante varios minutos, con el teléfono en la mano.

Después subió

Elizabeth estaba allí.

Sentada en la cocina con una copa de vino y las piernas cruzadas, hermosa, elegante y demasiado inteligente para no notar que algo había cambiado.

-¿Quién es ella?- preguntó directamente.

Scott soltó el aire despacio. No tenia sentido mentir.

-Se llama Eva.

-Elizabeth sonrió apenas, pero le dolió.

-Así que ya tiene nombre.

Scott apoyó las manos sobre la encimera.

-No quería hacerte daño. Sabes lo que había. Nunca te mentí. Y aceptaste.

-Nunca lo queréis.

Hubo silencio.

Elizabeth lo observó unos segundos antes de hablar.

-¿Estás enamorado? Porque tú, nunca te enamoras…

Scott pensó en Eva riendo bajo el sol. En sus ojos inocentes. En la forma en que se había aferrado a él después de hacer el amor.

Y entendió que aquello, ya no tenía vuelta atrás.

-Creo que sí.

Elizabeth cerró los ojos un instante, herida, aunque digna.

-Entonces termina esto bien Scott. No me conviertas en una mentira larga.

Él asintió lentamente. Quería algo real.

Ella dejo la copa de vino en la encimera, recogió sus cosas y salió más digna de su apartamento y de su vida.

El martes llamó de nuevo a Eva por la noche y le dijo que había terminado con Elizabeth porque eso no llevaba a ninguna lado. Eva estaba henchida de felicidad. Pero se iba de viaje hasta el viernes a Florida.

El miércoles amaneció gris en Nueva Orleans. Scott llevaba despierto desde las cinco de la mañana, incapaz de concentrarse en nada que no fuese el viernes por la noche, cuando volvería a verla.

Necesitaba esos días en Miami. El hotel que tenía allí, requería reuniones, revisar cuentas, proveedores y una cena con inversores. Pero por primera vez en años, los negocios le parecían una interrupción.

En el jet privado, Jim, lo observó desde el asiento de enfrente, mientras Scott revisaba el móvil por quinta vez en diez minutos.

-Estás insoportable.- murmuró su ayudante con una sonrisa cansada.

Scott resopló y dejo el teléfono sobre la mesa que los separaba.

-Lo sé, perdona.

Jim llevaba más de diez años trabajando para él y lo conocía bien. Había visto mujeres entrar y salir de su vida sin dejar huella. Modelos, empresarias, actrices, relaciones fáciles y superficiales. Scott, nunca se involucraba demasiado.

Hasta ahora.

El avión atravesó las nubes, mientras la azafata les servía café.

-Entonces… ¿qué pasa realmente con esa chica?, porque es una chica- preguntó Jim.

Scott miró por la ventanilla unos segundos antes de responder.

-No sé qué demonios me ha pasado.

-Eso es grave viniendo de ti.

Scott sonrió apenas.

-Se llama Eva.

Y empezó a contárselo todo. La mansión, cuando la vio por primera vez. Octavia. Los paseos por los jardines. Las llamadas nocturnas, la sala de costura, su abuela rejuveneciendo con ella. Como ella lo miraba como si todavía existieran hombres buenos en el mundo. Que no se protegió por primera vez en la vida. Que tenía 23 años y era virgen.

Jim escuchó en silencio.

-¿Virgen?, ¿en serio?

Scott asintió lentamente.

-Y yo le saco algo más de nueve años.

Por una vez sonó inseguro.

-No quiero hacerle daño, más del que lleva ya a sus espaldas.

Jim, apoyó los brazos sobre la mesa.

-Entonces, no lo hagas.

Scott pasó la mano por su barba corta y bien cuidada.

-No entiendes, la necesito cerca constantemente. Estoy en Miami y solo pienso en volver. En verla, en entrar en la sala de costura llena de telas y escucharla reír.

Jim soltó una pequeña sonrisa.

-Ah mierda. Sí que estás enamorado.

Scott no respondió.

Sacó el móvil del bolsillo y abrió la galería. Había fotos que Eva ni sabía que él había guardado. Una sentada en el porche leyendo a la abuela,. Otra caminando por los rosales del jardín con un vestido blanco moviéndose con la brisa cálida de la mañana. Otra riéndose, mientras apartaba una pluma dorada de carnaval de su cara.

Jim observó las imágenes unos segundos.

-Es preciosa.

Scott sonrió sin darse cuenta.

-Lo sé.

-Y parece buena chica.

Eso hizo que Scott se quedara quieto. Porque sí. Eva era buena. Dulce sin ser demasiado ingenua. Sensible, transparente. Y él sabía el tipo de hombre que había sido hasta entonces.

Jim habló más serio.

-No puedes entrar en su vida como un huracán y dejarla rota Scott. Ella no es como las demás.

Él tragó saliva lentamente.

-No pienso hacerlo.

-Entonces, aclárate antes de verla de nuevo.

Scott miró otra vez la foto de Eva sonriendo bajo el sol. Y supo que ya era demasiado tarde para mantenerse lejos.

El viernes por la tarde, cuando el coche de Scott cruzó las verjas de la mansión de la abuela de Nueva Orleans, él solo quería una cosa: silencio.

No había pasado siquiera por su apartamento de la ciudad. Fue directamente a la mansión. Habían sido dos días difíciles e interminables en Miami.

Reuniones, llamadas, problemas con los inversores, problemas en el hotel… y demasiadas horas pensando en Eva.

Pero en cuanto entró por la casa, comprendió que el silencio había desaparecido. La mansión parecía vivir una fiesta anticipada dentro de ella.

Telas colgadas por los respaldos de las sillas de la sala de costura, cajas abiertas en el suelo, más plumas de otros colores que no había visto el finde semana anterior, sobre la mesa del salón, y música de jazz sonando desde la cocina.

Dos mujeres reían mientras cosían lentejuelas junto a Octavia, Iris y Azalea, de la casa.

Y en medio de todo aquello estaba Eva.

Descalza.

Con un tapiz sujetándole el pelo y una cinta métrica rodeándole el cuello.

Scott se quedó quieto observándola. Ella levantó la vista al sentirlo entrar… y sonrió de esa manera tranquila que le aflojaba algo dentro del pecho.

-Ya has vuelto.

Ni siquiera era una frase especial. Pero Scott sintió ganas de acercarse y besarla delante de todo el mundo, de tirarla sobre las telas del suelo y penetrarla hasta cansarse.

Octavia levantó la vista desde su sillón.

-No te quedes ahí parado hijo. Traes cara de cansancio.

-Porque esperaba descansar abuela.

-Pues mala suerte.- estamos hasta arriba de carnaval. Vete a tu cuarto, date una buena ducha y que Ress te ponga una buena cena. Luego duermes.

Eva se acercó limpiándose las manos en el pequeño delantal lleno de hilos.

-Lo siento, hemos ocupado toda esta sala.

-Toda la casa- corrigió él.

Ella soltó una risita suave.

Y Scott pensó, cansado y perdido, que probablemente había echado de menos incluso ese sonido.

Esa noche cuando todo quedó en silencio y todos dormían, él fue a su dormitorio. Se desnudó y se metió en su cama. Ella ya lo sabía y lo esperaba desnuda.

-Joder Eva. Te he echado de menos.

-Creía que estabas cansado.

-Bueno sí, lo estoy, por eso necesito energía- y mordía un pezón duro. Ella lo tocó y él pegó un pequeño gemido.

-¡Ah dios, mujer!…

-Si solo te he tocado…

-Eso es mas que suficiente. Ven aquí- y la cogía por las caderas y entraba en ella como pensó al verla, penetrándola duro y queriendo morirse en ella. fue una forma distinta de la primera, más sexual, con ganas, con desesperación y ella lo sentía como él y se enzarzaron en una tormenta de piel contra piel, besos, caricias, apretados hasta que cayeron presos de vaciarse uno en otro.

-¡Ah dios!, pequeña, sí que me pones duro y me haces ser bruto.

-Me gusta contigo de cualquier manera.

Después, al rato de contarle despacito, qué habían hecho esa semana , él le hizo algo que no se esperaba. Bajo a su sexo y la lamió, la chipó. Eran sensaciones distintas y estaba nerviosa.

-Shhh , relájate, nena, te va a gustar.

-Ay dios! Scott que no voy a tenerlo así.

-No pienses eso, disfruta

-Agg, dios- y al rato tuvo un orgasmo increíble e inesperado. Y se quedó sin cuerpo.

Él la besó subiendo por su cuerpo hasta llegar a su boca.

Ummm… Parece que ha sido que sí.

-Bobo…

Y al rato ella quiso corresponderle y fue a su pene duro y lo rodeó con su lengua, lo chupó, lo lamió, lo mordisqueó y él vibraba deseando que lo metiera en su boca y cuando lo metió y lo sacaba, él apretaba su cabeza, le cogía el pelo para ver qué le hacía. Y hasta que cerró los ojos y se dejó llevar.

Durmieron abrazados y ese fin de semana fue así, la deseaba, le prometió cuando acabara la ropa de carnaval llevarla a la ciudad para que la viera y ver su apartamento. Pero ese fin de semana, se llenó de ella.

Durante las semanas siguientes, la mansión cambió completamente.

El calor húmedo del verano llenaba las habitaciones abiertas, los ventiladores giraban lentamente en los techos altos y Eva pasaba horas cosiendo junto a Octavia trajes imposibles.

Corsés llenos de piedras. Máscaras cubiertas de plumas. Vestidos dorados para los bailes de carnaval que llegarían en un par de meses.

Scott descubrió algo peligroso: le gustaba volver a casa y encontrarla allí.

A veces bajaba de madrugada incapaz de dormir y la encontraba trabajando todavía rodeada de telas. Le decía que iba a terminar solo una costura más, pero nunca era una sola más. Y él se la llevaba entre risas al dormitorio y le hacía el amor.

Una noche la observó más de la cuenta, durante unos minutos sin que ella se diera cuenta.

Eva tenía las gafas puestas, el cabello cayéndole por el hombro y una expresión concentrada adorable.

Entonces, se pinchó un dedo.

-Mierda…

Scott cruzó la habitación inmediatamente.

-¿Qué ha pasado?

Ella lo miró sorprendida.

-Nada, solo una aguja.

Pero él ya estaba sujetándole la mano.

Un pequeño punto rojo apareció en la yema de su dedo.

Scott frunció el ceño como si fuese algo grave.

Eva terminó riéndose.

-Scott, no me estoy muriendo.

-Eso espero.

La voz le salió demasiado baja.

Demasiado íntima.

Y durante unos segundos, ninguno apartó la mirada.

Desde el pasillo, Octavia los vio en silencio antes de sonreír para sí misma y seguir caminando.

Otra tarde, mientras Eva organizaba telas en el salón, apareció un músico contratado para el desfile del carnaval.

Guapo, encantador, seguro de sí mismo y claramente interesado en Eva,.

Scott lo notó desde el primer segundo. El hombre no dejaba de sonreírle, inclinarse hacía ella ni buscar conversación.

Eva apenas se daba cuenta.

Scott sí.

Muchísimo.

Tanto que terminó interrumpiendo la conversación sin ninguna excusa real.

-Eva, necesito hablar contigo.

Ella parpadeó.

-¿Ahora mismo?

-Sí.

La llevó hasta el despacho y cerró la puerta.

Eva cruzó los brazos divertida.

-¿Qué pasa?

Scott la miró unos segundos antes de responder.

-No me gusta como te miraba.

Ella abrió mucho los ojos. Y luego sonrió despacio.

-¿Estas celoso?

Scott debería haberlo negado. Pero ella estaba cansado de fingir cosas con ella.

-Sí.

La sonrisa de Eva desapareció lentamente sustituida por algo más suave. Más peligroso.

Porque empezaba a mirarlo igual que él la miraba a ella.

La tarde del viernes, era lenta y cálida en la mansión. Afuera , las cigarras cantaban entre los árboles y el aire olía a jazmín y tela recién planchada. En la gran sala de costura, la mesa grande del centro, estaba llena de bocetos, encajes aún del carnaval. Ya quedaba poco para terminar todos los encargos. Una semana a lo sumo. Luego, ya verían.

Scott había llegado hacía un rato. Como cada viernes, desde hacía dos meses.

Y como cada viernes, había buscado a Eva con la mirada antes incluso de saludar. Octavia lo vio…

La abuela estaba sentada junto a la ventana, cosiendo unas cuentas doradas sobre un corpiño azul noche. Sus manos eran lentas por la edad, pero sus ojos seguían siendo agudos. Mucho más de lo que todos creían.

Observó cómo Eva se ponía nerviosa cuando Scott entraba en la habitación. Cómo él se acercaba siempre a ella demasiado. Cómo ella sonreía distinto

cuando lo miraba.

Y sobre todo, cómo Scott parecía quedarse sin respiración cuando Eva se reía.

Aquella noche, después de cenar, Eva subió un momento a buscar unos patrones al ático.

Scott, salió al porche para responder a una llamada de Jim, peor apenas duró un minuto. Cuando colgó, encontró a Octavia sentada en una de las mecedoras, tras él.

-Siéntate, hijo.

Scott arqueó una ceja sorprendido.

-¿Estoy siendo interrogado?

-Todavía no.

Eso le sacó una sonrisa corta. Se sentó frente a ella mientras el aire cálido de la noche los envolvía.

Octavia, lo observó en silencio unos segundos.

-Últimamente vienes demasiado para ser casualidad. Antes tardabas hasta tres fines de semana, pero desde hace dos meses, todos los fines de semana y parece que tu novia ha pasado a la historia. Lo cual me complace. No me gustaba nada.

Scot, se sentó en otro de los balancines y apoyó los antebrazos en las rodillas.

-Me gusta estar aquí.

-No hablo de la casa. Tengo setenta y cinco años Scott. He visto hombres enamorados, hombres obsesionados y hombres que solo quieren pasar el rato. Sé distinguirlos antes de que abran la boca. Tú siempre has sido del tercer grupo. Ahora no sé…

Scott soltó una risa baja, incómoda.

-Tienes razón abuela. Ahora, no lo sé.

El silencio cayó entre ambos. Desde dentro se oía la música de jazz de la radio vieja.

Octavia clavó sus ojos oscuros en él.

-Eva es buena. Demasiado buena. Y ha vivido poco. Cree en la gente de verdad. Si juegas con ella, no sabrá defenderse. Y eso no te lo perdonaré, por mucho que seas mi nieto.

Scott apretó la mandíbula.

-No estoy jugando.

-Entonces explícame por qué cada vez que la miras parece que quisieras quedártela… y al mismo tiempo tienes miedo.

La pregunta le golpeó más de lo esperado. Porque era verdad. Miedo a hacerle daño, miedo a arrastrarla a su vida. Miedo a necesitarla demasiado.

Scott se pasó una mano por el rostro antes de hablar.

-No esperaba conocerla.

Octavia sonrió apenas.

-Nadie espera las cosas importantes que además te hacen cambiar.

Él bajó la mirada hacía el jardín oscuro.

-Cuando estoy en Miami, pienso en volver aquí. Cuando estoy trabajando, pienso en ella. y cuando la tengo cerca…- calló unos segundos- siento paz. Eso no me ha pasado nunca.

Octavia dejó de coser. Aquello sí sonaba verdadero.

-¿La quieres?

Scott tardó demasiado en responder. Y eso fue respuesta suficiente.

-Creo que sí.

Octavia asintió lentamente, como si ya lo supiera.

-Entonces ve despacio- Scott la miró- Porque Eva podría enamorarse para siempre. Y tú tienes cara de hombre que aún no sabe cuánto tiempo piensa

quedarse en un sitio.

La frase le dolió más de lo que esperaba.

En ese instante Eva salió a la terraza con varias telas en las manos.

-¿Qué hacéis aquí tan serios?

Octavia sonrió con inocencia absoluta.

-Hablar de costura.

Eva frunció el ceño.

-Eso es mentira.

Scott soltó una carcajada baja por primera vez en toda la conversación.

Y Octavia, mientras volvía a coser lentamente, pensó que quizá su nieto sí miraba a Eva como merecía ser mirada.

Cuando el viernes por la mañana, Tyler la levó en el coche a ella y a Octavia para entregar todos los últimos trajes de encargo de carnaval, las telas sobrantes, los patrones, hilos y todo, la sala de costura quedó vacía, pues todo era del dueño de la tienda.

Se lo entregaron, cobraron y Jack quedó satisfecho. Les pagó y se fueron a tomar café.

-Ahora vamos a pasar por una boutique cara de trajes de fiesta y novia. Si nos dan trabajo, vamos al almacén a por telas.

-Octavia, tengo el dinero de lo que hemos ganado con los de carnavales para invertir.

-Bueno, haremos una inversión, pero la próxima hay que dejar para ganar e ir invirtiendo.

-Si nos dan trabajo, con este sí vamos a ganar. Son vestidos exclusivos si eres creativa.

-Lo soy.

-Pues toma ese trozo de tarta que tenemos toda la mañana. Si Scott viene esta noche vas a salir. Mañana colocamos, pero debes salir a ver la ciudad. Hasta el lunes descanso para las dos. No has salido desde que viniste. Así que quizá te puedas quedar en el apartamento de Scott. Es céntrico y grande. Prepara luego un bolso y te compras alguna ropa. Comeremos aquí.

Eva, la miraba con la boca abierta.

-Cierra esa boca, mujer y se rieron. Eva la abrazó.

Octavia consiguió que le dejaran hacer unos prototipos de la talla 38 de trajes de novia. Si gustaban les harían otras tallas desde la 36.

-Muy bien- dijo Emma- tú pones todo y me traes 10 vestidos de novia, distintos talla 38.

-Y si me gustan te encargaré más modelos y tallas. Necesito al menos cien vestidos hechos a mano. Y luego vemos los de fiesta, madrina y demás.

Y se fueron al almacén. Ella fue eligiendo de todo, hilos, tul, encajes, telas forros botones que algunos mandarían forrar, telas, algunas decoraciones para los vestidos, gasas papel duro para patrones, encajes más agujas de la máquina, aceite, alfileres, compraron un maniquí de la 38 de segunda mano dedales, y se gastó una pasta.

Tyler lo metió todo en el maletero, hasta lo que se compró para ella, más de lo que necesitaba, peor Octavia apretaba.

Comieron en un restaurante, en la terraza frente al rio y se fueron a casa. Octavia, se fue a descansar y entre Iris, Tyler y ella colocaron todo ordenado.

Estaba cansada así que fue a darse una dicha, lavarse el pelo y se tumbó en la cama a dormir. A pesar de la inversión y la compra tenia 2000 dólares. No estaba mal, tenía también su sueldo y la sala era un regalo de Octavia. Ahora debía ganar más. Pero ya tenía ideas. El lunes empezaría a hacer bocetos y algunos serían los que hizo en Cádiz, maravillosos.

Estaba ilusionada y también por irse con Scott. Pero también tenía miedo de encontrarse con amistades de Scott y que estese avergonzase de ella. porque ella no era Elizabeth.

CAPÍTULO VII

Scott llegó a la mansión, ya entrada la tarde del viernes.

El coche aún estaba caliente del viaje desde el aeropuerto y llevaba el cansancio pegado al cuerpo, pero en cuanto cruzó la verja blanca y vio las luces encendidas del porche, algo dentro de él, se relajó.

La casa olía a limón, a madera vieja y a comida recién hecha. Como siempre.

La abuela Octavia, estaba sentada en su sillón de la sala, junto la ventanal, al otro lado de la sala de costura, con los ojos cerrados, relajada. Levantó apenas la vista cuando su nieto apareció.

-Mira quién volvió de hacerse más rico- dijo de broma y con calma.

Scott sonrió cansado.

-Hola abuela- y la abrazó- ¿Cómo estás?

-Muy bien. Hoy hemos desayunado y comido fuera. Hemos llevado todo lo de carnaval y hemos comprado telas para hacer trajes de novia. Peor hasta el lunes, descanso.

-¿Y Eva?

-Eva está arriba, le gusta gastar e invertir, salvo el ella. La he obligado a comprarse ropa- reía. Ya me tiene harta.

Scott soltó una pequeña risa.

-Seguro que lo has pasado bien.

Él dejó la bola junto al sofá.

-¿Cómo está?

-Contenta cuando sabe que vienes. Callada cuando no estás. Bueno no tan callada.

-Y en cuanto te duches- le apuntó con el dedo- te la llevas este fin de semana.

Scott parpadeó.

-¿Qué?

-A ver la ciudad, a comer, le enseñas tu apartamento. A pasear, a donde llevas a las mujeres cuando las estás enamorando.

Él se tensó apenas.

-Abuela…

-No me pongas esa cara, no estoy ciega, tengo edad suficiente. Y merece salir, a partir de ahora al menos un día a la semana. En dos semanas se examina del carnet de conducir.

Scott se pasó la mano por la nuca.

-No quiero meterla en nada complicado abuela.

-Demasiado tarde para eso.

Hubo un silencio, le encantaba la idea de llevarla a su casa. Todo el fin de semana y el sábado, al día siguiente, tenía una cena con Jim y algunos inversores. Y si la llevaba , tendría que presentarla como las mujeres de esos, o las novias. Una cosa era pasar el fin de semana en la mansión y otra…era una prueba, para ambos.

-Eva no sale nunca. Vive entre esta casa, las telas y cuidándome a mi. Y tú, llevas viniendo semanas los fines de semana, aunque esta sea tu casa.

Scott bajó la mirada un instante.

-Llévala al barrio francés, que vea música, luces gente, que viva un poco.

-¿Y tú?

-Yo aquí mandando como siempre. Mañana vienen mis amigas a tomar café. Pasaremos una tarde estupenda como siempre que me visitan.

Scott terminó feliz y sonriendo de verdad.

Octavia levantó una ceja.

-Y Scott…

-¿Sí?

-No le rompas el corazón a mi niña.

Él no respondió enseguida. Miró hacía las escaleras, donde sabía que estaba ella y entendió que aquello ya no era un juego para nadie.

Scott subió las escaleras despacio, escuchando el murmullo de la música que salía de la habitación de Eva. Le encantaba la música. Eva sonrió sin darse cuenta.

La encontró tumbada en la cama, con los ojos cerrados sintiendo la música. En cuanto lo vio entrar, se incorporó. Sus ojos se iluminaron.

-¿Ya has vuelto?

Él se acercó a la cama y la abrazó y la besó tumbándola contra su cuerpo encima del suyo… respirando el olor dulce de su pelo.

-Te he echado de menos- murmuró ella contra su cuello.

-Solo han sido unos días. Muy largos. Sonrió. Y yo también te he echado de menos, pequeña.

Le apartó un mechón de la cara.

-Mi abuela me ha dado órdenes.

Eva abrió mucho los ojos abrazándolo.

-¿Órdenes?

-Sí, dice que tengo que secuestrarte este fin de semana y enseñarte la ciudad.

La sonrisa de Eva fue inmediata, luminosa.

-¿De verdad?

-Ajá. Así que prepara una maleta pequeña.

-¿Pequeña para cuánto?

-Hasta el domingo por la noche. Me quedo aquí y me voy el lunes temprano como siempre.

Ella se quedó inmóvil un segundo, nerviosa y feliz al mismo tiempo.

-Nunca he pasado un fin de semana fuera contigo.

Scott, la observó unos segundos, enternecido por cómo intentaba aparentar calma mientras claramente estaba revolucionada por dentro.

-Pues ya era hora.

Eva se soltó y empezó a recoger cosas atropelladamente.

-¿Qué llevo? Espera…¿Hace calor por la noche? ¿Vamos a andar mucho? ¿necesito tacones?. Porque…

Scott terminó riéndose en la cama mirándola.

-Respira pequeña.

Ella lo miró, mordiéndose el labio con emoción.

-No puedo.

Él se acercó despacio.

Mañana tenemos una cena con unos inversores y mi ayudante. Algunas mujeres…Te los presentaré.

-¿Cena elegante?

-Bastante.

Eva abrió más los ojos.

-Scott, yo no tengo vestidos elegantes.

-Entonces te compraremos uno.

-¿Comprármelo?

-Sí.

-Hoy me he comprado con tu abuela, pero largos no.

-¿Dónde compras la ropa?

-¡Qué bobo!- le dio un pequeño golpe en el pecho, riéndose también.

La miró de arriba abajo.

-Pero antes de todo eso y de irnos, necesito una ducha.

Eva alzó una ceja.

-Pues venga, adelante.

Scott empezó a desvestirse sin apartar los ojos de ella.

-Ven conmigo.

Ella notó el calor subirle inmediatamente por las mejillas.

-Scott…

-¿Hm?

-Tu abuela está abajo.

-Otras veces está en la habitación de enfrente. Está escuchando jazz.

-Eres imposible…

-Y tú, llevas todo el día pensando en mí.

Ella intentó negarlo, pero la sonrisa la traicionó.

Scott, le tendió la mano. La atrajo a su cuerpo desnudo y duro ya y la desvistió.

La cogió a horcajadas y se metieron en la ducha. Llena de vapor, risas bajas, momentos íntimos, besos y así la empotró contra la pared de la ducha entrando en ella con todo el deseo de una semana sin verla. Una y otra vez. Gemidos bajo el agua, un deseo incontrolado, la mordía, la besaba, la penetraba sin compasión y ella se aferraba a su cuello, abriendo sus piernas para que entrara y por un momento, cuando llegaba el clímax todo pareció peligroso, como si llevaran una vida juntos.

Cuando bajaron finalmente, Octavia levantó la vista del sillón. Los observó claramente felices.

-Nos vamos antes de que empieces a interrogarnos- sonrió Scott a su abuela.

Eva se acercó para darle un beso en la mejilla.

-Volvemos el domingo. Gracias. Se me cuida.

Octavia acarició su mano con ternura.

-Diviértete niña.

Después miró a Scott con esa expresión sabia que siempre parecía esconder algo.

-Y compórtate.

-No prometo nada- contestó él sonriendo.

Eva soltó una pequeña risa nerviosa, mientras Scott cogía las maletas.

Y cuando salieron hacía el coche, con el cielo de Nueva Orleans, teñido de naranja y violeta, Eva sintió algo extraño en el pecho, como si ese fin de semana fuera de la mansión, fuese a cambiar algunas cosas en su vida.

El apartamento de Scott en Nueva Orleans dejó a Eva sin palabras. Nada más abrirse las puertas privadas del ascensor, se encontró un salón inmenso, techos altos, todos oscuros y ventanales que parecían no terminar nunca. Abajo, las luces de la ciudad comenzaban a encenderse mientras el rio brillaba lentamente bajo el anochecer.

-Dios mío…- susurró ella, avanzando despacio sobre la madera pulida.

Scott dejo las maletas junto a la entrada y se aflojó el cuello de la camisa. Se le notaba agotado. Había conducido desde la mansión después de cerrar varias llamadas con Miami y apenas había dormido durante la semana.

-Bienvenida a mi caos elegante.

Eva sonrió.

Había fotografías en blanco y negro de ciudades del mundo, una cocina enorme de mármol oscuro y una terraza que parecía suspendida sobre la ciudad. Todo era masculino, sofisticado… y extrañamente solitario.

Ella caminó hacía el cristal.

-Se ve el rio…

Scott apareció detrás, rodeándole la cintura suavemente.

-Cuando no puedo dormir, me siento ahí fuera a mirar barcos.

Aquello le dio una punzada rara en el pecho. Porque de pronto podía imaginarlo completamente solo allí arriba, noche tras noche.

Pidieron comida porque Scott no tenia energía ni para salir. Hamburguesas gourmet, pasta cajún y una tarta de chocolate que Eva juró no compartir… aunque acabó haciéndolo.

Cenaron descalzos en el sofá enorme mientras sonaba jazz suave de fondo.

Y fue la primera vez que vio a Scott relajado de verdad.

No era el empresario frio. No el hombre rodeado de gente. Solo Scott. Más tarde, ella apareció con una de sus camisas blancas puesta y el pelo suelto.

Él levantó la vista desde el portátil y se quedó mirándola demasiado tiempo.

-¿Qué?- preguntó Eva riendo.

-Nada. Que no deberías ponerte eso si quieres que trabaje.

Ella sonrió lentamente.

-Entonces no trabajes.

Y Scott cerró el portátil.

A la mañana siguiente desayunaron en una terraza del Barrio Francés. Hacía calor ya temprano, y Eva llevaba un vestido corto color crema y gafas de sol mientras observaba músicos callejeros y balcones llenos de flores.

Scott contestó un par de mensajes de Jim, pero el resto del tiempo apenas apartó la mirada.

-¿Qué?- preguntó Eva otra vez.

-Sigues aquí.

-¿Dónde iba a estar?

Él sonrió apenas. Como si todavía le sorprendiera.

Después caminaron entre tiendas elegantes y boutiques exclusivas porque necesitaban buscar el vestido para la cena de aquella noche.

Y Eva terminó enamorándose de uno inesperado.

No eligió algo excesivo.

Fue un vestido largo satén de color verde esmeralda, ajustado al cuerpo pero elegante, con la espalda descubierta y una caída suave que hacía que pareciese mayor… más sofisticada.

Scott se quedó mirándola cuando salió del probador.

Mucho tiempo. Demasiado.

-Scott.

Él tragó saliva.

-Ese es.

Ella giró frente al espejo.

-¿No es demasiado?

-No tienes idea de lo que vas a provocar con eso.

Terminaron comprando también unos tacones finos dorados, pendientes discretos, y un bolso pequeño color champagne.

Y mientras pagaban…

Apareció ella.

Alta, rubia, treinta y muchos. Vestida impecable.

-Scott.

La mujer sonrió con demasiada familiaridad.

Eva notó inmediatamente cómo varias dependientas la reconocían.

Scott tensó, ligeramente la mandíbula.

-Vanessa.

La mujer miró a Eva de arriba abajo sin disimulo.

-Vaya… así que eres tú la famosa Eva.

Aquello hizo que Eva levantara la vista.

Vanessa sonrió.

-Jim habla demasiado.

Scott intervino rápido.

-Vanessa trabaja con uno de los grupos inversores de Miami.

-Trabajaba, ahora invierto por mi cuenta.

Dejó a un lado a Eva como si no importara y se acercó demasiado a Scott, tocándole con la mano la camisa, como una caricia, pero él se retiró.

-Hace que no vienes a Miami.

-Sí, voy, de hecho ayer vine, pero no te veo.

-¿Y quieres verme?

Eva estaba ya nerviosa. Ligando descaradamente con Scott en sus narices.

-No como piensas, estoy con Eva.

-¡Ah, bueno!, tengo que irme.

-Pues encantado de haberte visto.

-Lo mismo digo Scott, encuentra tiempo y me llamas o te llamo yo.

Al final salieron a la calle y ella iba seria.

-Vamos pequeña…

-¿Es una de las del pasado?

-Hace mucho tiempo. Recuerda que tengo diez años más que tú.

-Es verdad. Pero me ha puesto nerviosa la tonta esa- y Scott se rio. La beso-mi celosilla, anda vamos a pasear.

Le enseñó el barrio francés, donde los músicos tocaban en la calle, al Museo Mardi Gras World porque sabía que le iba a encantar. Era el museo donde se preparaban las famosas carrozas del carnaval, incluso fuera de temporada.

-¡Dios, qué bonito!, Scott, gracias, me encanta. Son maravillosas.

-Ya veremos más sitios. Ahora vamos de vuelta a comer y descansar que tenemos cena a las siete.

Y comieron en una terraza preciosa junto a Misisipi. Tomaron café y pasearon hasta casa.

Cuando llegaron, ella se dio una ducha rápida y él también, dejo preparada la ropa para la cena y se fueron al salón. Al sofá a echar una siesta.

Una siesta después de que le dejara el cuerpo temblando.

-¿Ahora sigues celosa?

-Sí, tendré que acostumbrarme a ver a todas sus amantes del pasado.

-Pero con ninguna lo hice si n protección y ninguna era virgen y me perteneces.

-¡Qué bobo eres!

-Es que eres preciosa y no te das cuenta de ello.

-Ven un ratito encima anda…

-¿Otra vez?

-¿Qué quieres mira cómo estoy?. Me provocas y me excitas.

-¡Que yo te provoc!…- metió la lengua en la suya callándola la cogió a pulso y se la puso encima y ella lo tomó y o metió de nuevo en su cuerpo.

Eva no sabía qué era el sexo hasta que lo conoció, pero seguro que era el mejor, o la menos para ella. No podía decirle que no porque lo deseaba de igual manera. Y aprendía con el posturas y formas a pasos agigantados. Y lo adoraba quería hacerlo feliz, más que ninguna, peor eso no sabía si podía lograrlo. No era una experta. Y se sentía insegura.

Cuando acabaron, y la puso delante y la abrazó posesivamente. Se quedaron dormidos, satisfechos.

CAPÍTULO VIII

Eva apareció en el salón despacio, sujetando su bolso dorado entre las manos. El vestido verde esmeralda, se deslizaba por su cuerpo como si estuviese hecho para ella.

La espalda descubierta, la caída elegante hasta los tobillos y el brillo suave de los pendientes hacían que pareciese distinta… más sofisticada, más segura, más adulta.

Scott, que estabas terminado de ajustarse el reloj frente al ventanal iluminado por la ciudad de Nueva Orleans, levantó la vista. Y se quedó completamente quieto.

Durante unos segundos, ni siquiera habló. Ella sonrío nerviosa.

-¿Qué? ¿No estoy bien?

Scott negó lentamente con la cabeza, incapaz de apartar los ojos. Había visto mujeres sofisticadas en su vida, vestidas con ropa de diseño, pero no eran Eva. Y a ella nunca la había visto así. Siempre con ropa normal y cosiendo y aún así le encantaba.

-Eva…estás…- se acercó despacio, casi incrédulo—Dios mío.

Ella bajó la mirada sonrojándose.

-No me mires así.

-¿Así cómo?

-Como si fuera tu cena.

-Más o menos- rio bajo Scott. La rodeó por la cintura, acercándola a él.

-No sabes el esfuerzo que estoy haciendo para salir del apartamento ahora mismo.

-¡Qué bobo eres!- terminó ella riéndose también.

Le apartó un mechón de pelo del hombro y la observó otra vez, esta vez, más despacio, más serio.

-Nunca te había visto así.

-¿Mal?

-No vuelvas a decir eso- murmuró él- Pareces peligrosa…

Eva arqueó una ceja.

-¿Peligrosa?

-Para mí, sí.

Ella se mordió el labio, divertida y nerviosa al mismo tiempo.

Scott termino inclinándose para besarla despacio antes de coger las llaves.

-Vamos antes de que cambie de idea.

La cena era en uno de los restaurantes más exclusivos del centro, elegante y lleno de luces cálidas. Los inversores ya estaban allí con sus parejas cuando Scott y Eva llegaron.

Y Eva notó enseguida las miradas..

No incómodas. Sorprendidas. Porque nadie esperaba verla tan joven… ni tan impresionante.

Scott sin embargo, caminaba con total naturalidad, llevándola de la mano como si fuera exactamente donde debía estar.

Jim fue el primero en acercarse.

Alto, moreno, con una sonrisa fácil y traje oscuro impecable.

-Así que tú eres Eva. Mucho mejor que en las fotos. No te hacen justicia.

Ella sonrió-

-Y tú Jim.

Él, miró a Scott un segundo y le dijo bajito- ahora entiendo muchas cosas.

Scot resopló.-

-Ni se te ocurra empezar- Jim soltó una carcajada.

-Tranquilo. Solo digo que llevaba semanas viendo a este hombre mirando el móvil como un adolescente idiota- le dijo a Eva.

Eva empezó a reírse y Scott lo fulminó con la mirada.

-Te despido el lunes.

-No puedes. Soy demasiado eficiente.

La química entre Eva y Jim, fue inmediata. Él tenía ese humor relajado, cercano que hacía sentir cómoda a la gente, y Eva respondió enseguida. Se sentó entre los dos. Y mientras Scott hablaba de negocios, ellos hablaron de música, incluso de las locuras de Mardi Gras y de la abuela Octavia cociendo mano a mano con ella sin descanso.

Jim terminó completamente encantado con ella, porque llevaba días preocupado por Scott, viéndolo tan implicado emocionalmente con ella. y nunca lo había visto así.

Pero Eva no parecía interesada en su dinero, ni en su apellido. Miraba a Scott como si solo viera al hombre. Y eso cambiaba mucho las cosas.

Durante la cena Scott no dejó de observarla. Cómo hablaba, cómo se reía, cómo se movía elegantemente sin darse cuenta.

Incluso las esposas de los inversores acabaron incluyéndola en las conversaciones.

Todo estaba saliendo perfecto. Todo. Hasta que Scott levantó la vista hacía la entrada del restaurante.

Y se quedó helado.

Jim lo notó inmediatamente.

-¿Qué pasa?

Scott no respondió.

Eva siguió la dirección de su mirada.

Una mujer rubia, alta, sofisticada, espectacular, acababa de entrar al restaurante. Vestido negro ajustado, labios rojos y esa seguridad de quine

sabe el efecto que provoca.

Elizabeth.

Ella también vio a Escott y Eva los miró a ambos. Ya la conocía de cuando estuvo en la mansión y la dejó, antes de salir con ella.

Y Elizabeth, la miró. Su expresión cambió en un instante.

Una sonrisa elegante apareció en su rostro… pero sus ojos ya no sonreían.

Jim, murmuro por lo bajo:

-Mierda.

Eva miró a Scott confundida.

-Es…

-Sí, es ella. Ya la viste en la mansión de mi abuela.

Pero Elizabeth ya caminaba hacía ellos.

El sonido de los tacones de Elizabeth sobre le mármol, pareció romper el ambiente relajado de la mesa.

Scott tensó ligeramente la mandíbula.

Eva lo noto enseguida. Creía que eso estaba acabado. Pero eso le bastó para entender que aquella mujer no era simplemente “alguien” para Scott.

Elizabeth llegó hasta ellos con una sonrisa impecable.

-Scott.

Su voz era suave, elegante, demasiado segura.

Él se levantó por educación.

-Elizabeth. No sabía que vendrías aquí.

-Yo tampoco sabía que tu estarías.

Entonces miró a Eva. La recorrió de arriba abajo con una discreción casi perfecta. El vestido verde, la juventud, la belleza fresca, la mano de Scott

todavía apoyada cerca de la silla de Eva.

Y entendió todo, que era esa chica, la que cambió por ella. La costurera.

-Así que eres la costurera- dijo con voz afilada, pero distinguida.

Y una mierda pensó Eva.

-Sí, suelo coser, pero soy diseñadora. Quizá algunos diseños míos los llevarás puestos en medio año quizá- le devolvió con la misma sonrisa falsa.

Jim, que veía venir el desastre a kilómetros, intervino enseguida.

-Elizabeth trabajó alguna vez con nosotros en actos benéficos.

-Scott le lanzó una mirada de agradecimiento por intentar suavizar el momento.

Pero Elizabeth no era tonta. Menos mal que los inversores estaban charlando entre ellos sin ser conscientes de nada.

-"Trabajo"- repitió ella con una media sonrisa divertida. ¡qué forma tan elegante de resumir cinco años.

Un silencio incómodo se apoderó entre ellos.

Eva sintió un golpe extraño en le pecho, aunque intentó que no se le notara.

Scott, habló firme.

-Elizabeth.- con un tono que significaba **basta.**

Pero la rubia seguía observando a Eva. Y cuanto más la miraba, más evidente resultaban que Eva era completamente distinta a todas las demás mujeres con las que Scott había estado. No parecía superficial. No intentaba impresionar. Ni siquiera era consciente del efecto que provocaba en él. Y eso la inquietó más de lo que esperaba.

-Bueno- dijo finalmente- no quería interrumpir. Solo vine a saludar.

Uno de los inversores, ajeno a la tensión, sonrió:

-¿Te unes a tomar algo?

Elizabeth dudó apenas unos segundos.

Scott iba a negarse. Eva lo vio venir.

Pero para sorpresa de todos, Eva, habló primero.

-Claro. Siéntate.

Scott giró la cabeza hacía ella. Eva le sostuvo la mirada un instante, tranquila. No iba a comportarse como una niña insegura.

Elizabeth sonrió lentamente.

-Gracias.

Se sentó cerca de Jim que internamente intentaba sobrevivir esa noche, rezando.

La conversación continuó, aunque la tensión quedó flotando constantemente alrededor de la mesa y de ellos.

Elizabeth hablaba perfectamente con todos. Era sofisticada, inteligente, acostumbrada a ese mundo. Pero cada cierto tiempo, sus ojos iban a Scott

Y Scott, aunque correcto, estaba mucho más distante de lo que ella recordaba, porque él antes siempre terminaba buscándola, acercándose, cediendo. Hasta que se acabó.

Y ahora menos. Esta vez no. Desde hacía casi tres meses. Y para él era definitivo.

Esta vez, su atención volvía una y otra vez a Eva. A Cómo le llenaban la copa, a si estaba cómoda, a si tenía frio con el aire acondicionado del restaurante. Pequeños gestos mientras charlaba con los inversores.

Pequeños detalles.

Los mismos que Elizabeth llevaba años esperando de él.

Jim terminó inclinándose hacía Eva, mientras los demás hablaban.

-Te está observando como si fueras dinamita.

-No exageres.

-Créeme. Llevo demasiados años trabajando para él.

Entonces Jim bajó un poco más la voz.

-Nunca lo había visto así con nadie.

Eva apartó la mirada hacia Scott. Y justo él la estaba mirando en ese instante.

Directamente.

Intensamente.

Como si hubiera olvidado el resto de la mesa y solo estuvieran solos en el restaurante.

Elizabeth también lo miró.

Y si alguna vez le quedó alguna esperanza, esta se quebró en mil pedazos como un vaso de cristal. Porque comprendió algo terrible.

Que Scott ya no estaba jugando.

La música llenaba la sala privada del club, elegante, al que fueron tras la cena, la luz tenue, luces doradas reflejándose en las copas y en los vestidos largos de las mujeres. Después de la cena, el ambiente, se había relajado muchísimo. Jim, ya estaba riéndose con uno de los inversores y Eva había terminado cayéndole bien a todo el mundo sin apenar ser consciente de ello. Sin darse cuenta. Se forma natural.

Scott, estaba apoyado junto a la barra, con la chaqueta desabrochada y una copa en la mano observándola entre conversaciones. No podía evitarlo. Cada vez que ella se reía, él la miraba como si el resto desapareciera.

Y Elizabeth lo notó. Lo venía notando durante toda la noche. Había ido al restaurante porque sabía que estarían allí. No fue por casualidad, quería ver a Scott.

Por eso, cuando empezó una canción lenta y elegante, ella se acercó directamente a Scott con seguridad, rozándole el brazo.

-¿Bailas conmigo?- preguntó con esa sonrisa impecable que siempre usaba en público.

Scott abrió la boca, probablemente para evitar una escena delante de todos, no la había habido en la cena y ahí tampoco la deseaba, pero ni siquiera llegó a responder, porque Eva apareció a su lado.

Con calma.

Con educación.

Con una sonrisa preciosa.

Le tomó la mano a Scott suavemente… y apartó la de Elizabeth sin brusquedad, como si fuese lo más natural del mundo.

-Perdona, creo que este baile ya estaba pedido. Este y todos los de la noche. Y este hombre también.

Jim, desde la otra punta, casi se atraganta con la bebida. Uno de los inversores, soltó una risa disimulada.

Elizabeth, se quedó congelada apenas un momento. Lo suficiente para que Scott lo viera. Lo suficiente para que Eva también entendiera lo que acaba de hacer.

Pero Eva no retrocedió. Siguió sonriendo mientras miraba a Scott.

-¿O no?

Scott, la observó unos segundos. Y fue incapaz de esconder la satisfacción que apareció en sus ojos. Porque nadie, absolutamente nadie… lo había reclamado nunca así.

Y menos Eva.

Dejo la copa sobre la barra lentamente.

-Definitivamente sí- respondió Scott.

Entonces, entrelazó sus dedos con los de ella y la llevó a la pista.

Elizabeth, se quedó quieta, con la sonrisa tensa, viendo como Scott acercaba la mano a la cintura de Eva con una naturalidad demasiado íntima para no significar algo.

Y Eva lo notó.

Notó la mirada y el silencio alrededor. Pero cuando Scott, la acercó más a su cuerpo, Eva sintió el calor de su sexo y su dureza, y todo lo demás dejó de importar mientras bailaban.

-Eso ha sido peligroso pequeña- murmuró él cerca de su oído.

Eva levantó la vista inocentemente hacía él.

-¿El qué?

-Scott sonrió despacio.

-Quitarle mi mano a otra mujer delante de todos.

Ella inclinó apenas la cabeza.

-Bueno… tú no parecías muy disgustado.

Él soltó una risa baja.

-Porque me ha encantado.

Y la manera en que la miró después, hizo que a Eva le ardiera la piel entera.

La puerta del apartamento apenas se cerró cuando Scott la agarró de la cintura y la empujó suavemente contra la pared del recibidor.

Eva soltó una pequeña risa nerviosa al sentirlo tan cerca y tan excitado.

-¿Scott?- susurró, todavía con el pulso acelerado por la música y las copas.

Él se apartó un mechón del rostro, mirándola como si hubiera aguantado demasiado toda la noche.

-No sabes lo difícil que ha sido verte basilar así… y no poder tocarte.

Eva sonrió despacio.

-Sí podías.

-No delante de todos como quería.

Le besó el cuello lentamente, haciéndola cerrar los ojos. Las manos descendieron por su espalda hasta apretarla contra él.

-Cuando ese tipo te miraba en la pista…- murmuró cerca de su oído- casi pierdo la cabeza.

Ella abrió los ojos divertida-

-¿Celoso, señor Dupont?

Scott soltó una risa baja.

-Mucho. Y luego tú, quitándole la mano Elizabeth…- negó con una sonrisa- Dios Eva…

-¿Te gustó?

-Me volvió loco.

La besó entonces con hambre contenida, profunda, intensa, como su llevara horas deseándolo. Eva se aferró a su chaqueta mientras él la sostenía contra la pared.

-Te he estado imaginando toda la noche así- dijo él entre besos- Solo para mí.

Y le bajó el escote y dejó sus pechos al aire y sus pezones duros contra la luz de la mesita de entrada. En una media luz. Lamía su pezones y los mordía y ella gemía y le bajó el vestido, metiendo la mano en su sexo. Mojada, como quería, como lo excitaba. Lo ponía a cien cuando ella se mojaba al tocarla. Eva abrió las piernas ligeramente y mientras la besaba se quitó la chaqueta, la camisa y se abrió el pantalón y su pene salió libre y tieso

Le levantó una pierna conta la pared y entró en ella de una forma tan erótica que se corrió enseguida. Él la miró sonriendo y siguió y siguió penetrándola, le sostenía la pierna y ella se acomodaba y sintió de nuevo el calor bajarle por el cuerpo y se aferró a él, a su boca, a su lengua, cuando sintió el calor de la blancura de Scott inundándola mientras su cuerpo se estremecía.

Te he estado imaginando toda la noche así- dijo él entre besos- Solo para mí.

Ella respiró hondo, temblando aún.

-Pues ya me tienes.

-Scott apoyó la frente en la suya mientras se recomponía.

-No sabes lo enamorado que estoy de ti ahora mismo.

Ella lo miró sorprendida por la sinceridad de su voz.

-Scot…

-No, déjame decirlo- le acarició la mejilla.- Entraste en mi vida y en esta sala y no he podido apartar los ojos de ti. Parecías…inalcanzable. Y aún así, has venido conmigo.

Ella sonrió despacio, emocionada.

-Siempre voy contigo, desde que fui tuya, siempre lo he sido.

Scott, la besó, esta vez, mas lento, más profundo.

-Entonces, no te separes nunca de mí- susurró contra sus labios.

Y Eva rodeándole el cuello con los brazos, respondió bajito:

-No pensaba hacerlo.

La tomó en brazos y se la llevó al dormitorio.

CAPÍTULO IX

La carretera hacía la mansión estaba bañada por la luz dorada del atardecer. Eva llevaba los pies descalzos sobre el asiento del copiloto, cansada después del día.

Habían desayunado fuera, pero tarde en una terraza del barrio francés, paseado por las cercanías del rio y habían comido por allí también y después, abrazados en el apartamento de Scott, hicieron el amor en el sofá, mientras el aire acondicionado combatía el calor húmedo del verano que llegaba a Nueva Orleans. Después de la siesta, hicieron sus pequeñas maletas y partieron a la mansión.

Ella miró de reojo a Scott mientras conducía.

-¿Por qué ríes solo?- preguntó divertida.

Él, negó con la cabeza.

-Porque hacía años que no tenía un fin de semana en que no trabajara. Vamos un fin de semana normal.

-¿Y esto te parece normal?

Scott soltó una pequeña risa..

-Contigo sí.

Eva apartó la mirada hacía la ventanilla para esconder la sonrisa.

Cuando llegaron a la mansión, el cielo empezaba a oscurecer. Las luces exteriores estaban encendidas y el aroma de jazmín llenaba el jardín.

Octavia los esperaba sentada en el porche con un abanico en la mano.

-Míralos… parecen salidos de una película- dijo la verlos subir los escalones.

Eva se echó a reír y fue a darle un abrazo y un beso en la mejilla como ya era costumbre.

Scott también la besó observando antes la escena en silencio. Le gustaba verla allí, en la mansión de la abuela. Demasiado. Con esa familiaridad que

tenían ambas.

Después de una cena ligera, Octavia se retiró pronto, no sin antes dedicarle una mirada larguísima a su nieto.

-No te quedes despierto hasta las tantas molestando a la niña.

-Abuela…- protestó él.

-Te conozco.

Eva soltó una carcajada mientras subían las escaleras.

Ya en la habitación, la atmosfera cambió. La ventana estaba abierta y se escuchaban grillos y el murmullo lejano de la noche de verano. Eva apareció del baño con un camisoncito corto y transparente.

Él levantó la vista desde el sillón y se quedó quieto unos segundos.

-No me mires así- dijo ella.

- ¿Así cómo?

-Como si fueras a hacer una locura.

Scott, se acercó despacio hasta quedar frente a ella.

-Siempre que estamos a solas me gusta hacer locuras contigo y esta noche no será menos y con ese camisón transparente… lo haces para provocarme, para que quiera hacer locuras contigo- ella sonrió.

Ya no había vuelta atrás.

El lunes él se había ido a trabajar cuando ella despertó, se vistió y bajó a desayunar con Octavia. Su rutina seguía, dando su paseo diurno por los jardines, ver el rio pasar. No se quedaron mucho porque el calor apretaba.

En la sala de costura, ya estaba puesto el aire.

-¿Qué vas a hacer hoy?- le dijo Octavia.

-Voy a hacer los bocetos de los vestidos. Creo que me llevará unos días. Los vemos, modificamos y empezamos con los patrones.

-Los patrones son de una sola talla, deja que yo lo haga- dijo la abuela.

-Está bien, le saco las medidas del ordenador y se las dejo en la mesa antes. Allí está el papel. Con uno solo tenemos o más, voy a hacer dos tallas, ya que hemos comprado mucha tela.

-Eso estaría bien. Serían 20 vestidos, entre blanco nieve, blanco, y ese color blanco roto. Además de los velos.

-Algunos llevarán mantillas, para eso es el encaje- le dijo- pero sé cómo quiero hacerlos. -Ya los hice en Cádiz y aquí los tunearé estilo americano de Nueva Orleans- y Octavia se reía.

La energía que tenía la contagiaba. Era creativa, tenía memoria fotográfica y era tan parecida a ella de joven…

Y así empezó la semana, entre bocetos, patrones y cortes. Los bocetos que iba haciendo Eva, encantaban a Octavia y a las chicas de la casa. Iris estaba encantada en cuando acababa la casa y se animaba y eran una piña. Empezaron a cortar telas y ella cosía. Y esa semana terminó uno. Con mantilla.

Y se quedaron con la boca abierta. Se lo pusieron al maniquí y quedó maravilloso.

Y lo colgaron en la percha. A por otro.

Ella ya esperaba a Scott, cerraron la sala y fue a darse una ducha. Se cambio de ropa y bajó para cenar. Iris ayudó a Octavia a hacer lo mismo, tras recoger la sala y dejarla lista para el sábado.

Ese viernes, Scott debía llegar a la mansión al anochecer. Ya habían preparado la cena, café y algunos dulces porque Octavia se burlaba diciendo que “esa niña ya esperaba la visita de su esposo”. Le gustaba darle bromas. Le encantaba y le encantaba Eva para su nieto, a pesar de ser más joven.

Pero Scott no llegó.

No llamó.

Ni había llamado el jueves.

El sábado por la mañana, Eva intentó actuar normal en el paseo con Octavia, cosiendo con ella… pero estaba pendiente del móvil y de mirar por la ventana por si llegaba el coche de Scott.

Octavia también se preocupó, no de que no fuera, sino de que no llamara siquiera.

Pero Eva, recibió un mensaje breve de Jim.

Ha surgido un problema. Scott está bien. Te llamará.

Eso la dejó peor. La abuela le dijo que no se preocupara, que si hubiera pasado algo, se lo dirían a las dos. Seguro eran reuniones de trabajo.

Scott, en realidad, había tenido un accidente leve volviendo del aeropuerto a la ciudad. Había estado en Miami. Lluvia fuerte, cansancio, otro coche… nada mortal, pero sí suficiente para acabar con puntos en la ceja, el hombro dolorido y el médico recomendándole reposo.

Elizabeth fue quien apareció en el hospital porque Jim no localizó a nadie más y no quería Scott decirlo a Eva ni a su abuela. No quería preocuparlas. Jim estaba resolviendo el desastre del coche y la prensa.

El domingo por la tarde, ya Eva estaba nerviosa en el porche de la mansión, desesperada cuando aprecio un coche negro. No era el coche de Scott, pero sonríe pensando que Jim lo llevó o… la sonrisa se le congeló en los labios.

Vio bajar primero a Elizabeth. Tacones bajos, gafas de sol, ropa clara, perfecta incluso después del viaje.

Luego vio a salir a Scott más despacio del asiento del copiloto, mientas Elizabeth saca una maleta del maletero y el maletín de Scott.

Y Eva siente el golpe en el pecho al verlo herido.

La ceja vendada. La mano raspada. Cansado. Quiere ir hacía él… pero se queda quieta cuando Elizabeth coloca una mano en el brazo para ayudarlo. Y entonces dice algo mable, pero demoledor para Eva.

-Menos mal que llegué al hospital a tiempo. Este hombre es imposible.

Lo dijo sin mala intención aparente.

Eva se siente ansiosa, va y lo saluda y le pregunta qué le ha pasado. Pero ahí se da cuenta de que no conoce realmente el mundo de Scott. Elizabeth, sí sabe manejarlo, estuvo con él en el hospital y no ella. Conoce bien a Jim que llamó a Elizabeth en vez de a ella. conoce sus negocios y ella solo era "la chica de la mansión"

Scott, nota enseguida el cambio de Eva: más fría, más insegura, menos espontánea, más triste y lejana.

Y él no entiende por qué hasta Octavia, viendo el desastre, le dice algo como:

-Las mujeres no temen las heridas, hijo. Solo temen saber qué lugar ocupan cuando las cosas se ponen difíciles.

Ahí no supo Eva qué quiso decir Octavia, si estaba de su parte o de la de Elizabeth, porque ella había sido ajena a todo. Y ahora, estaba en el limbo.

¿Qué había pasado en menos de una semana? De pasar Scott a decirle que la quería. De hablar por teléfono, lunes martes y miércoles como enamorados a llegar el domingo a la mansión como un extraño.

Tenía ganas de llorar a mares. No veía esa mirada de Scott en la suya como siempre.

Scott está en su habitación y tiene fiebre por el accidente, el dolor de hombro. Por el golpe en sí. Llueve fuera y Elizabeth está impecable intentando actuar como la mujer oficial de Scott, pero Eva, lleva horas cuidándolo preocupada, sin dormir, a pesar de todo.

Entonces Scott despierta alterado.

-Eva…- murmura con voz rota.

Silencio.

Elizabeth se quedó quieta porque Eva se acercaba despacio.

-Estoy aquí…

Scott le agarró la muñeca con fuerza, como si necesitara asegurarse de que no se va- No te vayas.

Y ella se sintió de nuevo en su lugar, emocionada.

Elizabeth, se dió cuenta de todo y empezó a comprender por segunda vez, que el terreno que había ganado en dos días, en realidad no era ganado, era invención y esperanza suya.

Al cabo de una hora, cuando Scott volvió a dormirse de nuevo, Eva escuchó llorar a Elizabeth en el pasillo. Eso rompe a Eva, porque entiende que no es mala mujer, no es la mala, sino una mujer enamorada de Scott.

-Lo quieres de verdad, ¿no?- le dijo Elizabeth al verla. Eva baja la mirada.

-Eso no importa.

-Claro que importa. Porque él te mira como nunca me miró a mí.

Scott desde dentro, escucha la última parte de esa conversación a pesar de la fiebre.

Bajaron a tomar un café de madrugada. Allí estaba Octavia con camisón en la sala, preocupada. Ya le dijo Eva que la fiebre había remitido y descansaba tranquilo.

La lluvia seguía golpeando los ventanales de la mansión, mientras el silencio se volvía incómodo entre las tres mujeres.

Scott dormía tranquilo ahora arriba, agotado y dolorido por el golpe y el hombro vendado. El médico había dicho que necesitaba reposo absoluto unos días. Nada grave… pero el susto, había sido suficiente para removerlo todo.

Eva estaba en la cocina metiendo las tazas en el lavavajillas, cuando notó la presencia de Elizabeth tras ella.

Iba impecable, incluso en mitad de la noche, aunque tenía los ojos cansados. Llevaba toda la noche allí también.

-No tienes por qué encargarte de todo- dijo Elizabeth suavemente.

Eva dejó la cucharilla despacio

-Octavia está nerviosa… solo intento ayudar. Me pagan por ello.

Él te llamó anoche, incluso dormido- dijo Elizabeth.

Eva sintió el pecho encogerse.

-Sí, lo hizo.

El silencio volvió a caer.

Desde el piso de arriba se oyó un golpe seco- las dos subieron corriendo casi al mismo tiempo.

Scott estaba sentado al borde de la cama, respirando mal, mareado.

-¿Qué haces? Eva corrió hacía él.

-Te estaba buscando.

Eva le sujetó el rostro con cuidado- vuelves a tener fiebre Scott. Vuelve a acostarte.

Él obedeció porque ella se lo pidió.

Elizabeth lo vio todo desde el marco de la puerta. La forma en que se calmaba al tocarlo Eva. La manera en que Scott relajaba la mandíbula cuando Eva acariciaba su pelo. Como si encontrara paz, únicamente allí.

Octavia apareció entonces, con un chal entre los hombros.

Miró la escena un segundo demasiado largo. Y todo estaba claro. Miró a Elizabeth y ésta última sabía que debía irse, que sobraba allí.

Y al amanecer, desayunó invitada por Octavia que se acostó para descansar mientras Iris se hacia cargo y Eva no se retiraba de su lado y salió con gran pesar, sabiendo que había perdido del todo a Scott, que todo el tiempo que lo había amado, él no lo hizo y eso dolía.

A media mañana, la fiebre de Scott había desaparecido por completo y ya no tuvo más los días siguientes. Cuando abrió los ojos, encontró a Eva cambiando las flores marchitas del jarrón.

La luz cálida atravesaba las cortinas y le daba en el pelo recogido de cualquier manera. Llevaba uno de aquellos vestidos sencillos de verano que a él le encantaban.

Scott, sonrió apenas- pareces agotada.

Eva giró rápida sorprendida al verlo despierto y lúcido.

-Ya era hora. Nos has tenido preocupadas.

Él estiró la mano hacía ella-

-Ven aquí.

Eva se acercó despacio y Scott, le rozó los dedos.

-¿Se ha ido?

Ella supo enseguida de quién hablaba.

-Sí, esta mañana.

Scott cerró los ojos un instante. No parecía feliz. Tampoco triste. Solo… decidido.

-Le he hecho daño sin querer, pero nunca la amé y eso es algo que no puedo cambiar, ni sentir. Pero siento haberle causado eso.

Eva calló, porque era cierto. Cuando no se puede amar, por más que lo intentes…

Después de desayunar apenas unas tostadas, intentó levantarse solo.

Mala idea.

El mareo le golpeó al instante y Eva tuvo que sujetarlo antes de que acabara en el suelo.

-Scott.

-Estoy bien.

-No lo estás.

-Él soltó una pequeña risa- odio esta cama- prefiero la tuya- dijo despacito.

-Pues vas a seguir odiándola unos días más.

Horas más tarde, cuando Iris subió el desayuno completo y Octavia obligó prácticamente a Scott a guardar reposo absoluto, Eva terminó ayudándolo a bañarse.

Fue un momento lento, íntimo. Muy distinto a cualquier otro.

No había prisas no deseo desesperado. Solo cuidado.

-Nena no toques demasiado que me pones, mira- Y ella se reía.

-Solo te estoy lavando.

-Me estás poniendo a tono maldita.

-¡Ay que ver cómo eres!

-Nuca nadie me había cuidado así- dijo Scott cuando ya estaba limpio, en la cama de nuevo.

-Porque eres muy mimoso.

Scott la sujetó suavemente de la cintura cuando iba a retirarse.

-Quédate arriba conmigo hoy.

Y así empezaron los días.

Eva subía con telas, patrones y vestidos a medio terminar. Se instalaba junto a la gran ventana de la habitación, mientras él dormía o descansaba, o charlaban. Otras veces le gustaba mirarla en silencio, concentrada.

Hermosa sin saberlo.

Y cada día Scott se enamoraba más de ella. Jim venía a diario y ella bajaba a dar un paseo con Octavia y tomaban café.

Octavia al verlos así, decidió descansar también. Pasaba menos tiempo pendiente de todo, satisfecha y viendo cómo de nuevo la mansión volvía a la normalidad y su nito mejoraba..

Por las noches, cenaban los tres arriba a veces, entre conversaciones suaves y risas tranquilas.

Era…hogar.

Una semana después bajó a la sala donde cosían, relajado, sin apenas dolor, ligero. El médico había pasado y le había dado el alta. Así que el lunes empezaba de nuevo a trabajar.

La vida seguía.

CAPÍTULO X

Cinco años más tarde…

Cinco años después, la mansión seguía llena de luz, telas, música suave por las tardes.

Pero ahora también había juguetes desperdigados por todas partes.

Y pequeñas carcajadas.

Eva tenía 28 años y se había convertido en una mujer aún más hermosa de lo que Scott imaginó aquella primera vez que la vio cosiendo en silencio. Conservaba la dulzura en la mirada, aunque ahora caminaba con una seguridad tranquila que hacía que todos giraran la cabeza cuando entraba en una habitación.

Sus diseños eran conocidos en toda Luisina.

Lo que empezó con pequeños encargos, terminó convirtiéndose en colecciones exclusivas y caras para varias tiendas importantes de Nueva Orleans.

Scott prácticamente tuvo que obligarla a firmar sus creaciones con su nombre.

“Eva Dupont”

Ahora se agotaban.

Dos ayudantes acudían cada día a la mansión para trabajar con ella en la enorme sala de costura, porque Octavia, la abuela, se negó rotundamente a que Eva abandonara aquella casa.

-Esta mansión volvió a respirar cuando llegó ella- decía siempre.

Y nadie se atrevía a discutirle nada a sus ochenta años.

La pequeña Octavia corría por los pasillos igual que un huracán diminuto. Su nana corría tras ella.

Tenía tres años, rizos oscuros y los ojos de Scott. Era la absoluta debilidad de su padre.

Lo esperaba todas las tardes pegada a las ventanas delanteras, y Scott, un hombre respetado, poderoso y temido en reuniones de negocios, se derretía completamente en cuanto su hija gritaba:

-¡Papá!.

Ese viernes de verano, Scott llegó a la mansión más tarde de lo habitual.

Venía cansado. La semana había sido interminable. Pero en cuanto cruzó la verja y la puerta principal y escuchó la risa de su hija mezclada con la voz de Eva, todo el peso desapareció de sus hombros.

Encontró a la pequeña Octavia sentada sobre la alfombra del salón con su bisabuela, rodeadas de retales de colores, mientras fingían diseñar vestidos para muñecas.

-¡Papá!- la niña salió corriendo hacia él…

Scott la alzó inmediatamente entre sus brazos y la llenó de besos mientras ella reía.

-¿Has cuidado de mamá hoy?.

- Sí- respondió muy seria- porque el bebé está creciendo.

Scott levantó la mirada y entonces la vio.

Eva apareció desde el corredor con un vestido claro de verano acariciando suavemente su vientre ya redondeado.

La luz dorada del atardecer entraba por las ventanas detrás de ella.

Y, Dios…

Seguía dejándolo sin aire.

Scott la observó acercarse lentamente, sonriendo de esa manera tranquila que solo reservaba para él.

Cinco años.

Cinco años y todavía sentía ese golpe absurdo en el pecho cada vez que la miraba.

Eva llegó hasta él y lo besó despacio.

-Hola.

Scott apoyó la frente contra la suya unos segundos- he pensado en ti, todo el día.

-Eso espero. Estoy criando sola a tus hijos.

Él soltó una carcajada baja.

Octavia protestó desde sus brazos- y a mi-

-Y a ti, princesa.

La abuela los observaba desde el sillón con una sonrisa satisfecha, como su hubiera esperado toda su vida, ver esa escena. Ver casado a su nieto con una buena mujer.

Scott volvió a mirar a Eva.

Su mujer.

La madre de sus hijos.

El amor de su vida.

La chica que llegó años atrás con las manos vacías, agotada y estafada, con agujas y timidez y vestidos a medio coser… y había terminado siendo el centro de su vida.

No se arrepentía de nada.

Ni del accidente. Ni de aquella ruptura. Ni del vértigo que sintió al enamorarse de verdad. De ser el primer y único hombre para ella.

Porque nunca había sido tan feliz, en aquella mansión llena de telas, ruido y amor.

Scott bajo la mano al vientre de Eva y lo besó.

Y mientras su hija seguía parloteando sin parar y Octavia discutía de telas desde el sillón.

Scott entendió algo muy simple:

Había pasado media vida buscándolo todo.

Y al final el hogar siempre había sido ella.

…